

SIRAMUS

SANTIAGO CARRILLO

DE LA

CLANDESTINIDAD

A LA

LEGALIDAD

INFORME PRESENTADO AL PLENO DEL
COMITE CENTRAL DEL PARTIDO
COMUNISTA DE ESPAÑA, CELEBRADO
EN ROMA LOS DIAS 28, 29, 30 Y 31 DE JULIO

SUMARIO

.....	p. 5
Para hacer frente a la grave situación económica	p. 14
Articular la oposición democrática al nivel del Estado	p. 16
La importancia del problema nacional y regional	p. 19
El partido comunista, profundamente democrático y anti- totalitario	p. 26
Por qué no renunciamos al nombre de comunistas	p. 33
Nuestro concepto del centralismo democrático	p. 35
La corriente de origen cristiano	p. 37
El centralismo de los otros partidos	p. 38
Sobre el equipo dirigente del partido	p. 40
El papel del partido	p. 42
Elevar la calidad del trabajo del partido	p. 44
Sobre la composición social de los órganos dirigentes del partido	p. 45
La importancia del Frente cultural	p. 50
La liberación de la mujer	p. 51
Ayudar a la U.J.C.	p. 53
Comisiones Obreras	p. 54
Por una organización independiente de agricultores y ganaderos	p. 55
El carnet del partido. Por un reclutamiento de masas	p. 56
Los diversos niveles de actividad en el partido de masas ...	p. 61
Hacia las agrupaciones comunistas	p. 64

El C.C. del P.C.E. hace su presentación pública en Roma porque el gobierno anterior le negó permiso para hacerlo en Madrid, como hubiera sido nuestro deseo y nuestro derecho.

Hemos estado en la clandestinidad cerca de 40 años. A partir de hoy salimos a la luz. Faltan aquí, sin embargo, algunos de nuestros camaradas más valiosos: Simón Sánchez Montero, Francisco Romero Marín, Santiago Alvarez, Lucio Lobato, José Luis Nieto, todavía en prisión, y Horacio Fernández Inganzo en libertad provisional bajo fianza después de muchos años de encierro. Para ellos nuestro saludo más fraternal. Esperamos que pronto estarán libres con nosotros, y todos juntos en España.

Hace doce días un funcionario franquista, Martínez Emperador, aun sin oponerse a nuestra legalización — cosa que cada vez es de peor gusto, incluso en esos medios — nos recriminaba porque, según él, cuando estemos legalizados seguiremos utilizando la clandestinidad, lo que nos proporcionará doble ventaja. No sé de dónde ha sacado esta idea Martínez Emperador. Esta reunión prueba precisamente lo contrario: todavía somos ilegales y pese a eso nos decidimos a abandonar la clandestinidad. Afrontamos la doble desventaja.

¿Por qué corremos el riesgo? Precisamente para mostrar al país, incluso a los más furiosos anticomunistas, nuestra voluntad de jugar a plena luz; de desenvolvernos según las reglas de la democracia, de someternos a la fiscalización de la

opinión pública, como deben hacer, en condiciones de igualdad, todos los partidos democráticos.

La batalla de la democracia, de la que la legalización del P.C.E. es hoy un componente esencial, como está viéndose en la práctica, hay que librarla ante la opinión pública y con su participación directa. Aunque somos conscientes de la audiencia de nuestro Partido en amplios sectores populares, sabemos también que gran parte de la opinión pública no se identifica con nuestras ideas, que no votaría hoy por nuestros candidatos en unas hipotéticas elecciones; pero pide que el P.C.E. tenga las mismas oportunidades que los otros partidos, igual que nosotros sostenemos el derecho de todas las familias ideológicas y políticas — incluso las que nos son más adversas — a gozar de los derechos democráticos sin excepciones.

La presencia aquí de representantes de los partidos de la oposición democrática, y de prestigiosas personalidades de signo análogo, que la camarada Dolores ha agradecido ya en términos calurosos, confirma lo que digo. Nadie hipoteca su independencia, su orientación de porvenir — nosotros tampoco. Pero hoy nos junta la misma voluntad de que en España haya derechos democráticos para todos.

Esta presencia nos llena de esperanza para el futuro. Significa, a nuestro juicio, que cualesquiera que sean las diferencias que nos separen en ese futuro, seremos capaces de dialogar, de entendernos, cuando el interés de nuestros pueblos esté en juego. Y que en todo caso dichas diferencias van a ventilarse cívica y democráticamente.

Acabamos de vivir la primera crisis de gobierno, después de Franco. Esa crisis es el fracaso del sedicente reformismo. A pesar de sus estrechas limitaciones y condicionamientos, el gobierno Suárez toma nota de esta realidad, cuando en su declaración programática casi reemplaza el término de la **reforma** por el de **transformación democrática**. Según el diccionario, transformar es convertir una cosa en otra. De eso se trata. De pasar de la dictadura a la democracia. Esto es lo que se propone Coordinación Democrática cuando propugna la ruptura.

La **reforma** era una quimera en la que se han quemado personalidades cuyo relieve no vamos a negar. A algunas de ellas las previnimos — quizá ahora lo recuerden — antes de que se embarcaran con destino al fracaso. No quisieron escucharnos. Seguramente no éramos «realistas». Desgraciadamente para algunos políticos españoles el realismo consiste en no ver más allá de sus narices, en tener una política con vistas a las

semanas inmediatas, sin más perspectiva. Esa miopía puede llevar a transigencias y compromisos tan perniciosos como estúpidos, que luego pesan igual que plomo sobre el crédito de quienes los contraen.

No se podía reformar el franquismo con sus propias leyes, instituciones y personas. Las Cortes, el Consejo Nacional y el Consejo del Reino eran y son un obstáculo a apartar, lo mismo que las leyes fundamentales. Su contenido, estructuras y composición estaban concebidos para la dictadura. Por eso hemos dicho siempre que la ruptura democrática era una necesidad indispensable.

Ahora parecen darnos la razón órganos de prensa, como «Ya», que en un editorial del 16 de este mes reconoce que las Cortes son un obstáculo al cambio. En el mismo sentido se pronuncia en un artículo el grupo «Tácito».

Y si es importante esta evolución es porque refleja un fenómeno que se produce en profundidad entre la opinión pública. En los primeros tiempos del Gobierno Arias-Fraga, la opinión pública española, unida en la aspiración general a la democracia, se hallaba sin embargo dividida en dos corrientes principales: una vanguardia más consciente, numerosa, importante, que había hecho ya su opción por la ruptura democrática y lo mostraba en huelgas y manifestaciones que conmovieron al país.

Y otro amplio sector, menos avanzado, que, deseando la democracia, estaba aún bajo la influencia de las propagandas que presentaban la ruptura democrática como el equivalente al caos y a la guerra civil.

De hecho este sector dio al principio una cierta base de masas al reformismo; tenía la ilusión de que el reformismo iría al cambio sin poner en riesgo la paz interna del país.

Pero, en pocos meses, todas esas ilusiones fueron desvaneciéndose. Dicho sector comprobó que la reforma equivalía a inmovilismo. Y ha comenzado a identificarse con aquella vanguardia democrática, más consciente, que desde el principio veía con mayor claridad. La acción política de dicha vanguardia, plasmada, de un lado, en la creciente presión de masas, y, de otro, en los progresos de la unidad en Coordinación Democrática y otras plataformas, ha ido ganando a la mayoría del país a la solución de la ruptura democrática. La voluntad de la oposición de llegar a un pacto con los poderes fácticos para realizar esa ruptura, sin traumas sociales, ha contribuido a realizar este acercamiento de las dos corrientes

populares, ha dejado a los reformistas sin sostén popular importante.

¡Y esa es la causa fundamental de la caída del gobierno Arias-Fraga!

Claro que en esa caída no han dejado de influir otros factores: una indicación de Kissinger, una gestión del Banesto, los manejos opusdelistas, la irritación del «bunker», las prerrogativas del Rey. Superficialmente estos factores han podido parecer determinantes. Pero en realidad son secundarios. En situaciones de cambio, irreversibles, suele suceder que a las fuerzas de conservación del pasado les salga el tiro por la culata. Algo así le pasó al mismo Banesto en 1930, cuando buscando gobiernos que salvaran a la monarquía se encontró de bruces con la República.

Las extraordinarias manifestaciones por la amnistía, habidas en estos días por iniciativa de Coordinación Democrática, que no fueron autorizadas en Madrid y Barcelona porque las dos grandes ciudades del país hubieran sido Bilbao y Valencia, en mucho más grande, reflejan ya esta nueva correlación de fuerzas a nivel de opinión pública.

Y por eso, un gobierno que, en la intención de los más inmediatos promotores de la crisis, debía frenar el proceso de hundimiento del sistema y de la aceleración de la democracia — hubo gentes que enjuiciaron así la salida de Arellano y Garrigues —, un gobierno que debía dar marcha atrás, ha tenido que aprobar una declaración programática que en las primeras horas de la crisis muchos no hubieran imaginado.

Cierto que, hasta ahora, lo que hay en esa declaración son palabras, y que las palabras no pueden sustituir a los hechos. Pero en esas palabras hay ya concesiones de forma a la voluntad democrática del país que entrañan un compromiso que el gobierno Suárez podía difícilmente eludir, si no es dimitiendo.

«El gobierno — dice la declaración — expresa su convicción de que la soberanía reside en el pueblo y proclama su propósito de trabajar colegiadamente en la instauración de un sistema político democrático, basado en la garantía de los derechos y libertades cívicas, en la igualdad de oportunidades políticas para todos los grupos democráticos y en la aceptación del pluralismo real».

Si estas palabras significan algo, si son más que un engañoso, ello entrañaría prescindir de las Cortes y el Consejo Nacional — a los que no se hace alusión en el texto —

y de los acuerdos restrictivos tomados recientemente por las primeras.

Porque las Cortes y el Consejo no son instrumentos de la soberanía popular, han sido exclusivamente creación e instrumento del poder dictatorial de Franco. La política de los anteriores ministros, llamados **reformistas**, fracasó a causa de esas instituciones. Si este gobierno quiere hacer algo, por poco que sea, tendrá que pasar por encima de las leyes fundamentales y de las instituciones.

Esta va a ser la piedra de toque de la credibilidad del programa de gobierno.

Si el gobierno aplica la ley de Asociaciones y la reforma del código en el espíritu de las Cortes, su declaración perderá toda credibilidad. Si, por el contrario, el gobierno, con espíritu pragmático, pone en el congelador la Ley de Asociaciones y permite que todos los partidos políticos — incluso los no democráticos, como son casi todos los que han pasado por la ventanilla — actúen libremente sin la humillación de acogerse a una ley antidemocrática, se podrá empezar a creer en su sinceridad.

En todo caso, ésta debería ser la primera cuestión a presentar por la oposición en un diálogo con el gobierno: dejar en el congelador la Ley de Asociaciones hasta que existan condiciones para elaborar otra que sea realmente democrática. Sólo así cobraría realidad el punto 3 de la declaración gubernamental.

El gobierno habla en ésta de diálogo con los grupos de la oposición. Si se trata de un verdadero diálogo, con el conjunto de la oposición, nuestra opinión es que ésta no debe negarse; Coordinación Democrática se ha pronunciado por la ruptura pactada. Pero si de lo que se trata es de entrevistas confidenciales, de ministros que hablan como los del gabinete anterior, sin más representación que la suya con interlocutores seleccionados por ellos mismos, para impresionarles con promesas y amenazas y tratar de atraerles a su campo, diremos que a eso no puede llamarse ni diálogo ni negociación, y que la oposición debería rechazarlo terminantemente.

La oposición tendría que dialogar responsablemente con el gobierno actual sobre las condiciones de una transformación democrática. Y en este orden de cosas hay una serie de puntos sobre los que la oposición no puede ceder ni perder la faz.

Ya he hecho mención del primero, referido a la Ley de Asociaciones. Los restantes deberían ser, a nuestro juicio, los siguientes:

2º. Constitución de un Gobierno Provisional, de reconciliación nacional, en el que estén representados todos los grupos de derecha, centro e izquierda acordes en restablecer la soberanía popular.

¿Por qué un Gobierno Provisional? Porque el gobierno que traiga las libertades no puede ser un gobierno más del sistema como los habidos hasta aquí, incluido el actual; debe poseer, provisionalmente, poderes extraordinarios, y declinará estos poderes ante las Cortes elegidas libremente por el pueblo, a las que responderá de su gestión. Por eso tiene que ser **provisional**, y no simplemente de coalición. Y no hay que darle vueltas, sólo un gobierno de esas características, no atado por leyes ni instituciones franquistas, podrá conducir a la transformación democrática del país.

3º. Apertura de un periodo constituyente, con la convocatoria de elecciones a una Asamblea que tendrá plenos poderes para elaborar la Constitución del país.

Una Constitución otorgada, aunque fuese mejor que la actual — para lo que no hace falta mucho — sería la negación de la soberanía popular, y el pueblo español nunca la consideraría suya; habría que imponérsela por la fuerza. La idea de un referéndum o plebiscito dando poderes al actual gobierno, para que sea él, o cualquier comisión que él designe, quien reforme las actuales leyes constitucionales, es simplemente incompatible con la devolución de la soberanía al pueblo. El referéndum está muy desacreditado; mas el único concebible sería aquél que consultase al pueblo, con todas las garantías democráticas, si está de acuerdo en que se convoquen elecciones a una Asamblea Constituyente encargada de elaborar una nueva Constitución.

Tampoco se trata de hacer simplemente elecciones a Cortes ordinarias. Unas Cortes ordinarias, sin poder constituyente, no resolverían nada. Esencialmente todo seguiría igual. Y aunque se pudieran pronunciar en ellas algunos discursos de contenido democrático, la democracia y la paz civil no ganarían nada. Con unas Cortes de ese género, que no podrían resolver el problema de la transformación democrática, éste se plantearía en la calle en términos más dramáticos. Queriendo evitar traumas se provocarían traumas mucho mayores.

4º. Concesión de una amnistía general para todos los condenados por motivos políticos sin exclusiones.

Nosotros hemos rechazado y rechazamos resueltamente el terrorismo. Pero no basta rechazarle, hay que quitarle toda razón o pretexto. Y el mantenimiento de los autores de los

llamados delitos de terrorismo en prisión, daría motivos a la perduración de este tipo de acciones. La amnistía debe afectar, sin discriminaciones, a todos los delitos de motivación política, incluidos los que han sido reprochados al Comandante Otero y a los demás militares condenados.

La derecha no debería olvidar que en España ha habido y hay un terrorismo **ultra**. Y aunque ahora sus autores gocen de la más escandalosa impunidad mañana podrían ser ellos los que necesitasen la amnistía. Porque esa impunidad terminará un día. La amnistía que se dé ahora debe alcanzar a unos y a otros, creando el terreno en que pueda asentarse la reconciliación nacional.

Yo quiero decir que la nota más positiva de la declaración gubernamental es haber incluido la noción de amnistía; pero que las limitaciones que esta proposición conlleva, no sólo no aplacarán las exigencias populares al respecto, sino que las promoverán más amplia y poderosamente.

5°. El Gobierno provisional dispondrá de un plazo limitado de actuación. Por eso no puede proponerse resolver todos los problemas económicos y sociales planteados en el país, ni iniciar reformas que no respondan a su composición y que además no podrían ser terminadas en el plazo de que dispone. Su tarea esencial sería la de un Comité electoral y un garante de la libertad para todos.

No obstante, el Gobierno Provisional debería tomar e impulsar medidas de urgencia para reducir el paro, garantizando un subsidio a todos los que no tengan trabajo; medidas para elevar los salarios y las pensiones más bajas; y para asegurar a los productores del campo, particularmente a los más modestos, precios remuneradores por sus productos.

Paralelamente, las fuerzas participantes en el gobierno provisional tendrían que comprometerse, durante la actuación de éste, a mantener a un ritmo satisfactorio la actividad económica, a fin de evitar que ésta caiga en un marasmo que dificultaría el nacimiento del régimen de libertades; y a combatir eficazmente la inflación y la carestía de la vida, el fraude fiscal y la evasión de capitales.

6°. Se constituirán Gobiernos Autónomos en Cataluña, Euzkadi y Galicia, sobre la base de los Estatutos de autonomía históricos, y se iniciaría un proceso de elaboración de estatutos de autonomía para los demás pueblos y regiones de España que los reclaman; lo que representaría el comienzo de una solución democrática de los hechos diferenciales que existen, como una realidad objetiva del país.

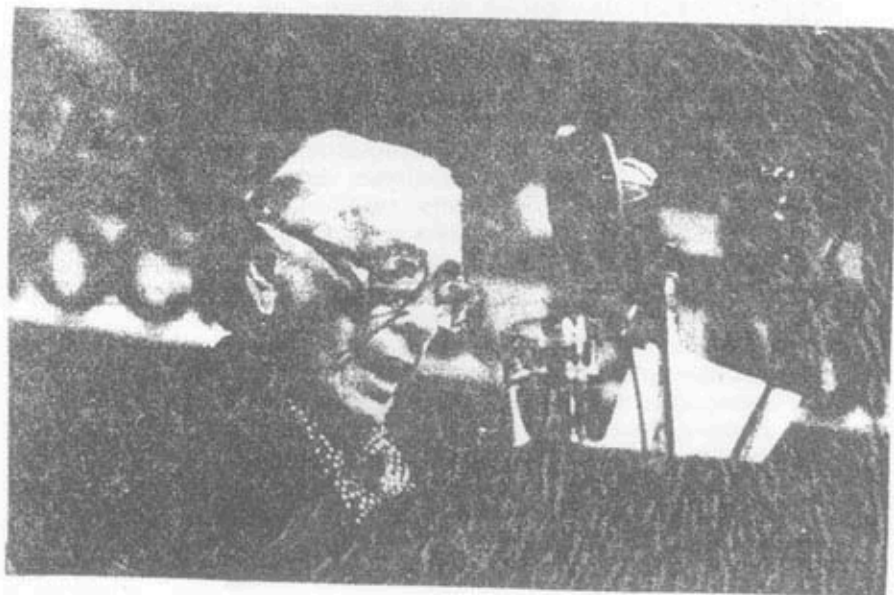
Esta orientación no iría contra la unidad de España como Estado, sino contra el centralismo burocrático y despótico, que es la mayor amenaza a la unidad.

Para negociar soluciones como las que acabo de enunciar, es para lo que, a nuestro juicio, la oposición unida debería aceptar abrir un diálogo con el gobierno actual.

Ya sabemos que este gobierno no se ha constituido con esos fines y no nos hacemos ilusiones en cuanto a él.

Pero parece claro que éste no es un gobierno homogéneo: en él existen contradicciones mayores de lo que a simple vista parece. Y en la vida política española todo está en movimiento; las gentes, y no siempre por puro oportunismo, modifican su manera de pensar de la noche a la mañana. ¿No reconocen hoy que las Cortés son impracticables los que, como «YA», defendían hasta ayer la reforma? ¿No ha hablado Silva de la posibilidad de que la ruptura se torne inevitable? ¿Acaso habla Suárez hoy como hace unos meses?

Todo está en movimiento. Y la fuerza de la oposición unida reside en que la sociedad se mueve en la dirección de las transformaciones democráticas propuestas por ella. Incluso en el peor de los casos, en que el diálogo con el gobierno no condujese a nada, y a condición de que la oposición se mantenga unida y no acepte migajas ni limosnas, ganaríamos algo muy importante: **cargamos de razón ante los más amplios sectores del país, convencerles del carácter constructivo de**



nuestra política y conseguir su apoyo para vencer las resistencias que encontramos en el camino hacia la democracia.

Esto solo ya sería un logro trascendental.

Y ante los que frente a esta perspectiva nos preguntan: «bien, y a cambio de todo eso, ¿qué da la oposición?, ¿a qué se compromete?»; debemos responderles con claridad: La oposición se compromete a mucho. Se compromete a garantizar que, por su parte, el cambio democrático se hará en la paz civil, sin revanchas ni venganzas.

A garantizar a todas las familias ideológicas y políticas la plena libertad democrática.

A asegurar el respeto a los derechos del hombre, en su más amplio aspecto, incluida la libertad de conciencia, de profesar o no una religión y el respeto a la Iglesia católica, a su libertad e independencia, así como a las otras Iglesias que existen en el país.

A garantizar que las instituciones sobre las que reposa la defensa de la soberanía e independencia nacional, es decir las Fuerzas Armadas, serán respetadas y fortalecidas para que ejerzan eficazmente sus fines propios.

A abrir las puertas de Europa a nuestro país; a mantener relaciones con todos los Estados de la tierra, en condiciones favorables a nuestro desarrollo y nuestra libertad.

A destruir la «leyenda negra» sobre España y conseguir que ésta ocupe el puesto que merece en la Comunidad universal de los pueblos.

Sí, la oposición democrática tiene mucho que ofrecer al país. No negocia, no actúa con las manos vacías.

Es un poder real y debe obrar con plena conciencia de ese poder porque no está tratando de satisfacer ambiciones mezquinas de hombres o grupos. Está tratando de levantar a España, de servir a España, y habla, justificadamente, en nombre de ella.

Para hacer frente a la grave situación económica

Un factor que confiere hoy gran poder a la oposición democrática, y muy particularmente a las fuerzas del trabajo y de la cultura, contra las tentativas sedicentemente reformistas, es la incapacidad del régimen para hacer frente a la grave situación económica.

Esta situación era calificada de dramática por uno de los empresarios más inteligentes y modernos del país, D. Pedro Durán Farrell, durante la jornada sobre «política empresarial y evolución democrática», celebrada hace días por un grupo importante de industriales y banqueros catalanes.

La evasión de capitales, que se efectúa lógicamente desde las esferas próximas al poder y sin que éste reaccione, ha alcanzado cotas muy elevadas, del orden de los 800.000 millones de pesetas. Paralelamente han caído en barrena las inversiones privadas. Caen también las cotizaciones en Bolsa a pesar de las inyecciones que aplica de tiempo en tiempo el Banco de España.

La balanza de pagos sigue siendo gravemente deficitaria y el endeudamiento exterior sobrepasa con mucho la reserva de divisas.

Se habían hecho muchas especulaciones con el viaje del Rey a los EE.UU., seguido del de Villar Mir; mas no parece que vaya a reportar el maná en dólares del que tanto se habló, como un respiro momentáneo.

Crece de manera alarmante la inflación. Los cálculos más moderados la cifran en un probable 20% para este año. Las consecuencias de ello para el nivel de vida de los trabajadores, los agricultores y las capas sociales más modestas son obvias. Los aumentos salariales logrados en algunas empresas se esfuman rápidamente ante el alza del coste de la vida.

El paro aumenta. Se cifra ya en muy cerca del millón de trabajadores, la gran mayoría de los cuales no recibe ningún subsidio.

Los agricultores españoles sufren las consecuencias de una política económica que ha sacrificado el campo a los intereses de los grupos monopolistas y de las fortunas espe-

culativas. Mientras se fomentaban las importaciones de productos que una agricultura ayudada hubiera podido suministrar en condiciones económicas más favorables, el campo ha sido abandonado. Los agricultores y ganaderos figuran entre las víctimas directas del franquismo. Este se aprovechó de las dificultades que, por su dispersión, encuentran los hombres del campo para organizarse y defenderse. Los herederos de Franco continúan la misma política. Hoy el campesino, agobiado por los impuestos, está vendiendo el fruto de su trabajo a precios no remuneradores, que no guardan relación alguna con el elevadísimo que paga el consumidor. En muchos casos, el hombre del campo ni siquiera encuentra mercados donde vender y tiene que destruir su cosecha. La paciencia de agricultores y ganaderos está llegando, justificadamente, al límite.

La consecuencia de esta situación es que el malestar cunde en el país, que la tensión social sube y que caminamos a un **otoño caliente** que puede prolongarse.

Porque todo esto acontece en medio de una crisis mundial cuyos signos de reanimación no parece vayan a tener efectos duraderos y estables.

Frente a esta situación el actual poder no puede ofrecer soluciones y esto lo sienten bien quienes bajo un punto de vista de clase podrían estar más interesados en su sostenimiento: banqueros e industriales.

Desde el gobierno, desde los medios empresariales, se reclama desafortunadamente un **pacto social**; he aquí la panacea que han encontrado los grupos dominantes.

¿Qué pretenden con ese «pacto social»? Que los trabajadores sean quienes paguen los vidrios rotos. Ya se habla de planes gubernamentales para una nueva devaluación de la peseta y para otro plan de estabilización como el que hicieron a fines de los años 50 los tecnócratas del Opus Dei.

Pero los tiempos han cambiado, el contexto internacional es muy diferente y por otra parte los trabajadores han logrado un nivel de organización y de conciencia que no poseían en aquellos años. No quieren ni oír hablar de ese famoso «pacto social». Y no están dispuestos a pagar los vidrios que otros han roto. Tampoco lo están otras capas sociales populares. Y por lo que se refiere al campo, las manifestaciones de los agricultores en Tarragona, Zaragoza, Palencia, Lérida y otras zonas son bien expresivas.

Sin una transformación democrática, sin un gobierno en el que los trabajadores y esas capas se vean defendidos, no



será posible comenzar a afrontar la solución de los problemas económicos que tiene el país.

El único pacto posible, para empezar, es aquel que conduzca al cambio político, a un gobierno provisional democrático de reconciliación nacional que presida las elecciones a Cortes Constituyentes.

Los sectores populares que sufren más de la crisis, y sin cuyo concurso no es posible resolver ésta, no otorgarán su confianza, no escucharán a ningún gobierno en el que no se sientan representados.

¡Que todo el mundo lo entienda bien: ésa es la única opción! ¡Y cuanto más se tarde en tomarla, peor!

En el momento presente, ésa es una de las armas más potentes que posee la oposición democrática y debe utilizarla plenamente.

Es cierto que algunos locos piensan en un golpe de fuerza, en un Pinochet, como solución. Mas tal aventura tendría consecuencias terribles para los mismos intereses capitalistas a corto plazo. Si ahora es grande la inflación, entonces lo sería mucho mayor. Y el paro, el marasmo económico, el cierre de mercados.

A medio plazo las cosas serían aún más graves, pues el cambio democrático pacífico, posible y fácil hoy, podría tornarse imposible y dejar paso a un período de violencia.

No, la aventura golpista no es solución para nadie. Hay que pactar ahora el cambio democrático, el Gobierno Provisional, el período constituyente. ¡No hay otro camino, ni tiempo que perder!

Articular la oposición democrática a nivel del Estado

En la actualidad algo muy decisivo es conseguir que la oposición democrática refuerce y consolide su unidad. La tarea no es simple, pues no se trata de la unidad de dos o tres partidos, sólidamente estructurados, con programas afines; no

se trata tampoco de la unidad de la izquierda, o de la unidad de una clase social.

En la oposición actúan hoy una multitud de partidos y grupos, recién constituidos la mayor parte, aún débiles orgánicamente, con programas indecisos muchos de ellos, que están en trance de afirmarse como tales partidos.

Es la consecuencia de 40 años de opresión fascista, de falta de democracia. La extrema derecha franquista especula con esta dispersión como si ella no fuera la única responsable de tal estado de cosas, y como si la disgregación del «Movimiento Nacional» no hubiera dejado detrás de sí a esa misma extrema derecha fragmentada en multitud de grupos y grupúsculos, de los que cuatro, cada uno por su lado, reivindican el nombre de Falange Española de las JONS, mientras una cantidad infinitamente mayor se camufla bajo nombres más asépticos a fin de lograr más fácil inserción en la etapa política que comienza.

Aunque la responsabilidad sea del franquismo, las consecuencias de la dispersión y la inmadurez de la oposición las paga esta misma. Cada partido busca su identidad, trata de acotar su zona de influencia, de afirmarse. Y esto no sólo frente al adversario, sino a menudo, frente a sus afines. El ejemplo dado por un grupo de dirigentes del PSOE prehistórico, al emular con los grupos falangistas en el paso por la ventanilla, con la idea pueril de birlarle el nombre al auténtico PSOE, es una jugada que está reñida con la ética política de la oposición.

Sin llegar a estos extremos censurables, la multiplicación de grupos similares crea dificultades suplementarias para el funcionamiento unitario.

Y por otra parte es un hecho, que influye en sus actitudes de hoy, que ciertas de esas fuerzas, bajo el franquismo, han mantenido más bien posiciones posibilistas, evolucionistas, que posiciones de ruptura. Han sido generalmente más propensas a la negociación que a la lucha. Están acostumbradas a valorar como éxitos pequeñas concesiones hechas desde arriba y les cuesta asumir firmemente la ruptura, cuando la situación ha madurado para ella y la política de pequeñas concesiones se convierte por parte del poder en un medio para retrasar la democracia.

Sin embargo, la dificultad más seria estriba en que la unidad que se establece para la conquista de la democracia comprende un abanico muy amplio de fuerzas sociales, proletarias, pequeño-burguesas y burguesas.

La dificultad mayor estriba en que dentro de esa unidad

coexisten fuerzas que mañana se inclinarán hacia la unidad de la izquierda, o hacia una especie de compromiso histórico, con otras que preferirían soluciones de centro-derecha o centro-izquierda. Y que a veces, al definir sus posiciones, piensan más ya en las tácticas de mañana que en las de hoy, indispensables para obtener una democracia, sin la cual no habrá mañana alguno.

A veces se nos reprocha a los comunistas que parecemos no pensar en el mañana, que hablamos mucho de democracia y poco de socialismo. El reproche es injustificado, pero formalmente responde a algo real. Si nosotros no pusiéramos hoy el acento en la transformación democrática, en la táctica para lograrla, en muchos casos, las discusiones de la oposición se evadirían hacia los limbos ideales del futuro, y la política de hoy la haría sólo la derecha. Muchas veces en la política concreta la evasión hacia los problemas del futuro es la forma de no hacer frente a los de hoy, cuando hay que poner fin a un régimen dictatorial, con una lucha directa en la que hay que comprometerse hasta el cuello y afrontar concretos e inmediatos riesgos.

Cuando se trata de mañana hay grupos que recuerdan al barbero de marras que ponía en su establecimiento el cartel de «mañana se afeita gratis»; mañana irán más lejos que nadie. Pero, ¿y hoy?

Sin embargo, Coordinación Democrática representa ya un gran logro de la unidad de la oposición. Su constitución y su mantenimiento muestran cómo, a pesar de factores negativos a los que he aludido, las tendencias positivas se afirman en cada una de las diferentes fuerzas políticas. Hay que saludar el hecho de que ninguno de los partidos de Coordinación, a pesar de las solicitudes que se les han hecho, haya pasado por la ventanilla y que todos hayan manifestado su protesta contra el intento de discriminación de que se trata de hacer objeto al Partido Comunista.

Fuera de Coordinación Democrática hay todavía partidos, como los liberales, o la Federación Democrática Popular de Gil Robles, que coinciden esencialmente con ella. Nosotros estimamos que Coordinación debería esforzarse por lograr su incorporación o, cuando menos, la colaboración de esos grupos en las iniciativas políticas importantes.

Pero quizá el problema más serio es el de la articulación de Coordinación Democrática con las plataformas de ciertas nacionalidades y regiones. En estas últimas hay grupos que se resisten a la articulación. Estaban dispuestos a venir a Madrid a

ver a Fraga cuantas veces fuese necesario, pero se les hace cuesta arriba venir a entrevistarse y a negociar con Coordinación Democrática. Los comunistas tenemos que criticar sin ambages esas posiciones y mostrar cuán nocivas son. La unidad exige muchas veces la crítica amistosa pero firme de las inconsecuencias de nuestros aliados.

También debemos criticar sin contemplaciones a ciertos grupitos minoritarios e irresponsables, que ponen obstáculos a la unidad a todos los niveles, acusando de sucursalismo a cuantos no piensen como ellos y adoptando posiciones separatistas y extremistas.

Es urgente, muy urgente, llegar a una articulación de las plataformas democráticas al nivel del Estado. Todo lo que la retrase favorece exclusivamente a los herederos del franquismo, a los que aspiran a perpetuar la dictadura antidemocrática y centralista.

La importancia del problema nacional y regional

Cuarenta años de brutal dictadura centralista, durante los cuales Madrid fue la sede del franquismo, del régimen que se envanecía de la «unidad de las tierras y los hombres de España», impuesta por la fuerza despótica, han estado a punto de destruir al Estado Español. Quizá no todos los políticos españoles sean conscientes de este peligro, algunos porque confían en la fuerza despótica para conjurarlo. Pero lo cierto es que la utilización continuada de ésta podría abrir un foso ya insalvable entre los pueblos diversos que forman nuestro Estado. Así es de seria la situación.

La dictadura fascista pactó con las oligarquias vasca y catalana, y, asegurándolas ventajas y preeminencias como clase, obtuvo el concurso de éstas para aplastar las libertades nacionales de ambos pueblos. Cataluña y Euzkadi fueron relegadas a la categoría de provincias del Estado centralista;

sus instituciones autónomas, su lengua y su cultura perseguidas brutalmente. A la humillación social y política se unió la humillación nacional. Pero los pueblos catalán y vasco no pueden olvidar que los artífices de esta humillación no estaban sólo en Madrid, estaban también en Barcelona y Bilbao; llevaban también nombres catalanes y vascos, típicos de la oligarquía, que ahora pretende lavarse las manos y rehacerse una virginidad nacional, sacrificada en el momento decisivo en el altar del centralismo franquista.

Galicia, pese a que de sus tierras salieron algunos de los hombres más decisivos de la dictadura, fue mantenida en el subdesarrollo, preterida, y su lengua, y las raíces históricas de su cultura, tan importantes para la cultura española en general, ignoradas y reprimidas.

En este período ominoso, las brutalidades del poder fascista centralista, una política económica que sólo ha favorecido a los grandes monopolios y a las fortunas especulativas, ignorando los intereses regionales, han empujado a los habitantes del País Valenciano, de Canarias, de las Islas y otras regiones de España a tomar conciencia del hecho diferencial, más rápidamente que en siglos de existencia larvada de este problema anteriormente.

De ahí que, en las nacionalidades y regiones que forman España, el renacimiento democrático se caracterice por una reivindicación de las libertades e instituciones propias, de la autonomía, de la exigencia de una efectiva descentralización política y administrativa.

El Partido Comunista, que defendió siempre el derecho de autodeterminación de los pueblos de España, considera este hecho, en su conjunto, no sólo como una realidad insoslayable que ninguna violencia podría contener a medio plazo, sino también como un factor extraordinariamente positivo para el futuro democrático y socialista del país.

Las organizaciones que componen nuestro Partido asumen en las nacionalidades y regiones, con amplia autonomía, el enfoque y las soluciones de los problemas derivados del hecho diferencial. Y en el conjunto del Estado, el Partido todo, unido, apoya y sostiene esas soluciones.

La visión futura de España es para nosotros la de un Estado federal, que tendrá más posibilidades de desarrollo y de ejercer un papel en la política europea y mundial que el Estado centralista de Franco o de otros períodos de la historia. España será tanto más fuerte cuanto más libres sean los pueblos que la componen.

Y cuando hablamos de la España futura, lo hacemos porque para nosotros España es una realidad, a la que nos sentimos adheridos; es la comunidad en la que históricamente hemos convivido todos; en la que se han creado lazos económicos, sociales, culturales, humanos, que son también un hecho, que **diferencia** a España de otros Estados. Y en un periodo en que las grandes potencias imperialistas, liquidados los imperios coloniales, tratan de repartirse nuevamente el mundo, con métodos neocolonialistas, que amenazan no sólo a las antiguas colonias sino a los Estados que por sus dimensiones no pueden alinearse entre los grandes; en un periodo en el que la política de «esferas de influencia» amenaza con morder incluso en la integridad de Estados históricamente constituidos, utilizando las contradicciones agravadas en éstos por los errores de las clases y partidos dominantes, nosotros reivindicamos España como el cuadro en que cada uno de sus pueblos puede apoyarse mutuamente, para no ser transformados en una especie de nuevos Puerto Rico europeos.

Pero la condición para que España permanezca unida es la liquidación del centralismo arbitrario y la construcción en común, libremente, por todos los pueblos, de un Estado de tipo federal. Este Estado sólo podrá ser creado realmente a través de un proceso constituyente, en el que los pueblos de España envíen a las Cortes encargadas de elaborar la nueva Constitución, una representación democrática, capaz de asumir esta tarea.

De ahí que la reivindicación de un gobierno provisional democrático, que convoque elecciones a Cortes Constituyentes, sea hoy un objetivo común a todos los pueblos de España. Sin ese gobierno, sin esas Constituyentes, no habrá posibilidad de realizar las libertades nacionales y regionales de cada uno de aquellos.

Como consecuencia, la articulación de las diversas plataformas nacionales y regionales con Coordinación Democrática, es una necesidad fundamental del momento presente. ¡O la oposición de todos los pueblos de España lucha unida o ninguno de éstos verá realizarse sus aspiraciones propias! Esa es la realidad que las fuerzas democráticas deben ver clara si no quieren ser derrotadas. Y los primeros que tenemos que verla claramente, y explicársela a nuestros pueblos, somos nosotros, los comunistas, afrontando si es preciso las nocivas demagogias que llevan al paroxismo, bien los recelos nacionales o regionales, bien el centralismo obtuso, y pueden poner en peligro el presente y el futuro de nuestro pueblos.



De un lado, nuestro Partido tiene que responder con inteligencia y energía a todos aquellos que, por error o de mala fe, asimilen a «separatismo» y «anti-España» las justas y legítimas reivindicaciones nacionales y regionales; tiene que romper la idea de que España es inviable sin el centralismo impuesto; tiene que convencer de que España pueda ser una realidad más sólida si se da unas estructuras federales, construidas libremente por el conjunto de sus pueblos. Nuestro Partido debe convencer de que el actual Estado centralista, burocrático, ha entrado en una crisis irreversible y es ya inviable; de que España es un producto de la historia mucho más rico, delicado y plural de lo que quieren hacernos creer los fanáticos del uniformismo; de que la anti-España son aquellos que intentan perpetuar nuestro Estado como una especie de prisión de pueblos, los centralistas obtusos y reaccionarios que nos han gobernado y que todavía dominan el país.

Y de otro lado, los comunistas de las nacionalidades y regiones tienen que responder, sin vacilaciones, a las actitudes de quienes pretendiendo pasar por más radicales, niegan que la suerte de los pueblos de España sea interdependiente, se resisten a articular las fuerzas y los objetivos comunes del conjunto de la oposición, y caen en una especie de aislacionismo que representa una trampa peligrosísima.

Porque ¿adónde conduce ese aislacionismo? Si es de buena fe, a asegurar involuntariamente la victoria de la reacción centralista, que es aún muy fuerte y dispone de un potente aparato de poder, contra las libertades nacionales y regionales y el conjunto del movimiento democrático. Y si es de mala fe, si es en el fondo reformismo enjalbegado de demagogia, a pactar vergonzosamente con el gobierno centralista de Madrid la traición de las libertades nacionales y regionales por unas migajas administrativas que refuerzan las posiciones oligárquicas.

¡ No sería la primera vez que un Cambio traicionara la solidaridad catalana y, a cambio de un ministerio en Madrid y de ventajas para la oligarquía, contribuyese a apuntalar el centralismo monárquico !

Los comunistas tenemos que luchar en ese doble frente a que me he referido si queremos unas naciones y regiones libres, en una España libre y federal, basada en el consentimiento democrático .

Como marxistas sabemos que la solución de los problemas actuales depende de que sepamos crear una correlación de fuerzas favorable en el conjunto de los pueblos de España; que

sin esa correlación de fuerzas favorable las causas más justas pueden perderse, y que esa correlación se crea con una política y una táctica acertadas.

En las condiciones presentes, tras cuarenta años de dictadura, de propaganda centralista a ultranza, sería un tremendo error político exigir que el mismo día de la creación de un Gobierno Provisional en Madrid se establecieran, automáticamente, gobiernos provisionales en cada una de las regiones. Tal reivindicación enfrentaría con las fuerzas más consecuentemente democráticas, a la mayoría del país, no informada políticamente, incluso en la mayor parte de esas mismas regiones. Convertiría al Ejército en un bloque antidemocrático. Daría todas las posibilidades para mantener o instaurar una dictadura de derechas, con el lema demagógico de la «unidad española».

Por ese camino nunca crearíamos una correlación de fuerzas favorable al reconocimiento de las libertades nacionales y regionales.

Las cosas no son igual en lo que concierne a Cataluña, Euzkadi y Galicia. En Cataluña y Euzkadi hubo ya durante la República estatutos e instituciones autónomas. En Galicia se votó masivamente un Estatuto que no entró en vigor a causa de la ocupación de esta nacionalidad, desde los primeros días de la sublevación, por las fuerzas franquistas. En esos tres pueblos la autonomía política y administrativa fue ya un logro histórico que permite plantear la existencia de gobiernos provisionales propios, teniendo como punto de partida los Estatutos de los años 30. Ese logro histórico lo reivindican las fuerzas nacionales y lo sostenemos todos los partidos democratas de España y debe figurar en cualquier acuerdo de ruptura democrática pactada.

En ciertas regiones, grupos y personalidades empeñados en la demanda autonomista ven esto como algo semejante a un privilegio para las nacionalidades citadas, en detrimento propio. Incluso hemos leído bajo la firma de personas amigas y muy respetables, que esto sería casi una catástrofe para sus pueblos.

¿Por qué? No compartimos y no llegamos a comprender ese argumento. Pensamos, por el contrario, que el hecho de que Cataluña, Euzkadi y Galicia, apoyándose en un precedente histórico concreto, obtengan sus instituciones propias inmediatamente, crea ya condiciones mucho más favorables para que en el curso del período constituyente los demás pueblos de

España consigan condiciones análogas en el cuadro de un sistema federal.

Hay que comprender que la reivindicación política esencial es que se abra concretamente un periodo constituyente. El poder actual, heredero del franquismo, se resiste como gato panza arriba; trata de impedir la apertura de un periodo constituyente, oponiendo un Plebiscito amañado y una Carta Constitucional otorgada graciosamente.

¿Para qué? Algunos piensan que esa política no tiene más que un filo anticomunista. Pero lo cierto es que su finalidad verdadera consiste en hacer abortar el proceso de restablecimiento de la democracia, está enfilada contra el conjunto de las fuerzas democráticas, y tiende a prolongar el anacrónico centralismo despótico sobre la base de las instituciones que lo personificaron a lo largo de la historia de España.

La apertura de un periodo constituyente que permita una propaganda libre para concienciar a los pueblos de España y ganarles para la solución democrática de los problemas del país, incluido el de las autonomías y de la necesidad de estructuras federativas, es la cuestión capital. ¿Qué puede suceder? ¿Que una parte de los pueblos de España no tengan gobiernos provisionales? Lo esencial es que obtengan su autonomía. Y entonces tendrán sus propios gobiernos que no serán provisionales, serán definitivos. ¿No es de eso de lo que se trata? Pues bien vale la pena sacrificar ciertas impacencias, si ello puede favorecer la obtención del objetivo buscado.

Esa es nuestra posición responsable y consciente de las realidades. Y la defenderemos firmemente porque no queremos que la democracia se encuentre ante un muro infranqueable o se hunda lamentablemente como sucedió a la primera República. No queremos que mañana otro Engels tenga que escribir nuevamente **cómo no se hace una revolución**.

Indudablemente, ya desde ahora hay que avanzar en la elaboración de las plataformas autonómicas en cada región y los comunistas deben tomar la iniciativa de ello y de la concienciación en ese sentido. Pero sin poner el carro delante de los bueyes, sin adelantar consignas como la de los gobiernos provisionales, que serían contraproducentes para la causa de lograr que las regiones poseán su propio autogobierno. Si eso exige oponerse a ciertas demagogias vale más hacerlo ahora con firmeza, que tener que lamentarlo amargamente más tarde.

En el cuadro de esta situación es preciso afirmar la personalidad nacional y regional de las organizaciones del

Partido Comunista de España, junto con su carácter de clase. Las organizaciones del Partido poseen la más amplia autonomía para elaborar su posición sobre los problemas nacionales y regionales propios. Están unidas en el Partido Comunista de España porque parten del principio de que la clase obrera es una clase única en el conjunto del Estado español y necesita una línea política, una estrategia y una organización común, a la escala de éste, que es donde se libra el combate de clase y democrático que nos concierne a todos. Por otro lado, el Partido Comunista de España no está dirigido desde Madrid, aunque su sede central — clandestina por el momento — se halle en esta ciudad, por el hecho de ser la capital del Estado. Se dirige, colectivamente, desde Barcelona, Bilbao, Galicia, Canarias, el País Valenciano, Asturias, Andalucía, etc. etc. Se dirige colectivamente por hombres elegidos por todas sus organizaciones y ligados estrechamente a ellas.

Comprendemos que se acuse de sucursalismo a organizaciones de partidos que tengan una tradición de defensa del Estado centralista y aún hoy esa acusación es infundada en muchos casos puesto que en general los partidos democráticos han ido adoptando una postura clara de asunción de los hechos diferenciales, con todas sus consecuencias políticas. Pero el Partido Comunista que ha estado siempre contra el centralismo del Estado, que ha apoyado el derecho de autodeterminación de los pueblos de España, no acepta ni el reproche de «sucursalismo» ni el del «centralismo madrileño».

A este respecto, es sintomático que incluso los partidos nacidos a escala nacional o regional, con una clara definición en este sentido, tiendan a asociarse de una forma u otra, con sus homólogos a escala del Estado. Esa tendencia será cada vez más marcada y no está en contradicción con la afirmación del hecho diferencial. Algunos partidos burgueses, incluso están dando ya pasos para estructurarse a escala europea.

Lo que de todas maneras queremos afirmar es que la garantía más sólida del mantenimiento de España como un Estado unido por el libre consentimiento de sus pueblos, con una estructura federal, es precisamente la conciencia de la clase obrera de todos estos pueblos de ser una clase única, cuyo porvenir se juega en el mismo terreno y frente a las mismas fuerzas.

El partido comunista, profundamente democrático y antiftotalitario

Al reto de la extrema derecha, que pretende hacer olvidar cuarenta años de totalitarismo fascista acusándonos de totalitarios a los comunistas y manteniéndonos en la ilegalidad, a la torpeza de sus epígonos «reformistas», que confesaban cínicamente su propósito de impedir que participemos en las elecciones, para tener toda libertad de amañar éstas desde el gobierno, como en los tiempos de la restauración decimonónica, que ahora tratan de imitar, los comunistas, apoyados por los sectores más dinámicos de las fuerzas del trabajo y de la cultura, damos la única respuesta valedera: extender, ampliar, fortalecer nuestro Partido; convertirle en una fuerza tan potente que resulte imposible no contar con él.

La cuestión comunista se ha convertido en una de las cuestiones cruciales de la política española. Algunos la plantean de forma que parecería como si se tratase de dar o no el poder a los comunistas. Pero la cuestión no es esa. Nadie reclama hoy el poder para los comunistas. La cuestión es más simple: ¿Debe participar el P.C. o no en el juego político? ¿Tiene derecho o no el P.C. a la legalidad? ¿Es posible la democracia dejando fuera de la legalidad al P.C.?

La respuesta, en la situación concreta de España, es clara. Los que niegan nuestro derecho a la legalidad, aunque busquen diversos subterfugios, lo hacen en nombre del fascismo, del 18 de Julio de 1936, del propósito de perpetuar el régimen franquista bajo otras formas. Incluso los más anticomunistas en el campo liberal de derecha, hombres como Madariaga, tienen que pronunciarse por nuestra legalización. La razón es evidente: nadie ha luchado más que el P.C. por restablecer la democracia.

Nuestra finalidad esencial es llegar a una sociedad sin explotados ni explotadores, en la que la fuerza hegemónica deje de ser la oligarquía monopolista, y lo sea en cambio la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, de la que la clase obrera es fundamento esencial.

Esa sociedad representará el desarrollo completo de la más amplia democracia y aspiramos a conquistarla por medio y a través de la democracia misma. Nosotros no consideramos la democracia, en el sentido genérico, como una fórmula burguesa. A lo largo de la historia humana, la democracia, en sus diversas formas, es una aspiración constante de las masas populares, que cobra realidad a través de las más diversas formaciones sociales, ya desde la primitiva «gens», o en los albores de la sociedad medieval. ¡ Con qué entusiasmo ensalza Engels el «espíritu de libertad» y el «instinto democrático que vela su asunto propio en los negocios públicos» de las tribus bárbaras que vencieron al antiguo imperio romano !

Para nosotros, las libertades conquistadas durante la revolución burguesa no son puramente formales; aunque el capitalismo tiende a vaciarlas de su substancia, esas libertades son grandes conquistas de las masas populares, instrumentos que pueden y deben ser utilizados contra la oligarquía monopolista, perfeccionados y desarrollados. A su vez, el socialismo, y posteriormente el comunismo, son inconcebibles sin una enorme expansión de la democracia. No tratamos sólo de eliminar la propiedad capitalista de los grandes medios de producción y de cambio, sino de poner éstos en manos de los productores y de eliminar toda forma de alienación, de coerción; de conseguir que el hombre y la mujer, liberados de la miseria material y moral, de las leyes de la jungla que imperan en la sociedad de clases, sean plenamente dueños de su destino.

La hegemonía de las fuerzas del trabajo y de la cultura en la región del mundo en la que nos desenvolvemos no necesitará acudir a formas dictatoriales; el desarrollo de las fuerzas productivas, la influencia de éstas en el cambio de las estructuras sociales, el aumento de la cultura hacen que la inmensa mayoría de la población se integre entre esas fuerzas; que el poder esté en manos de una oligarquía **SUMAMENTE REDUCIDA**. Y que nuestra aspiración a una sociedad pluralista socialista, con diversos partidos, con la posibilidad de escoger entre ellos los que se prefiere estén en el gobierno y por consiguiente mantener el principio de alternancia; con la libertad ideológica y religiosa, de reunión, de palabra, de prensa, de manifestación y de huelga; una sociedad en que la convivencia prolongada de formas de propiedad social sobre los medios fundamentales de producción, y de formas de propiedad privada, sea superada no tanto por medios coercitivos como por el desarrollo de las fuerzas productivas; una sociedad socialista de ese

género, es decir más evolucionada y avanzada de las que se conoce hasta aquí, mucho más democrática, es perfectamente posible.

Este proyecto socialista, que algunos tachan de utópico, lo es mucho menos de lo que podían parecer otros ya ensayados. Y es mucho menos utópico entre otras razones porque no delinea una sociedad perfecta donde reine la mayor armonía, sino una sociedad en la que habrá contradicciones, conflictos, lucha entre lo viejo y lo nuevo; lo que es una ley del desarrollo humano que suele excluirse en la utopía. Pero la existencia de cauces ampliamente democráticos, combinando formas de democracia representativa y de democracia directa, permitirá — es nuestra esperanza — que estos conflictos se resuelvan civilizadamente. Cabe suponer que en esa sociedad la lucha política, en sus diversas manifestaciones, sea cada vez menos un navajeo, una competición de ambiciones, un asunto de profesionales, para convertirse en una emulación creativa a fin de promover el bienestar social, la cultura, la solidaridad humana con el protagonismo directo de todos y cada uno de los ciudadanos.

Se nos objeta muchas veces que a ese tipo de sociedad no se ha llegado en ninguno de los países en que se ha suprimido ya la propiedad capitalista. Es verdad. Pero ¿qué valor tiene ese argumento?, ¿por qué lo que no existe hoy no podrá existir mañana? Es plenamente fundado considerar que el socialismo de los países desarrollados será diferente y superior al que hemos conocido en los países subdesarrollados y contribuirá a que el socialismo de éstos progrese y se eleve a un nivel histórico más alto.

Si; el socialismo que queremos será mucho más liberal que el conocido hasta hoy. He usado el término liberal consciente de que a algunos marxistas dogmáticos puede parecerles herético. Pero los marxistas no estamos ahora en una época en que sea esencial diferenciar nuestra política y nuestros objetivos de los del liberalismo económico y político burgués, como en tiempos de Marx y Engels. Ellos lo hicieron ya perfectamente. En la actualidad, el capital monopolista ha renunciado a ese liberalismo; a través del Estado y de las grandes empresas privadas trata de intervenir y controlar todo el desarrollo. El liberalismo al que nos referimos es ya otro, y por eso no vacilamos en asumir el término en su acepción más popular: aquella que se refiere a la tolerancia, al respeto a las ideas y creencias del individuo, al sentido que este término tenía en nuestro país a principios del siglo XIX, como sinónimo

de oposición a la reacción absolutista y al yugo extranjero, y, por extensión, de oposición a todo lo que es conservador.

Una sociedad democrática y socialista de ese tipo, sólo en el caso de que una minoría tratase de violentar la voluntad democrática de la mayoría por la fuerza armada, tendría que responder a la violencia autoritaria y reaccionaria con la violencia democrática.

Este es el tipo de sociedad que persigue nuestro Partido, es decir una sociedad radicalmente opuesta a cualquier tipo de totalitarismo.

Otros partidos pueden proponerse fines análogos, de lo que nos felicitamos y estamos dispuestos a cooperar íntimamente con ellos, en una emulación leal, impregnada de mutuo respeto. Pero si somos comunistas es porque consideramos que el nuestro está mejor preparado para orientar la acción hacia esos fines comunes. Poseemos una trayectoria de lucha contra la dictadura de la que podemos estar orgullosos, jalonada por el más alto porcentaje de víctimas y de sacrificios. Hemos dado pruebas de capacidad para elaborar y proponer las soluciones político-sociales que convenían al país; para estar realmente en vanguardia del movimiento democrático y socialista. Hoy en España casi todo el mundo habla de reconciliación nacional; pero nosotros fuimos los primeros, en 1956, en levantar esa bandera que hemos llevado solos, en medio de incomprendiones, críticas y represiones brutales durante muchos años.

Antes del Concilio Vaticano II, nosotros habíamos tomado una posición abierta hacia la Iglesia y hacia los cristianos, no con fines instrumentales, sino afirmando ya la existencia de coincidencias políticas, sociales y hasta ideológicas con sectores avanzados del cristianismo. Esta actitud nuestra se anticipaba en años al clima que se ha creado después en España.

También nos adelantamos a propugnar el acercamiento entre el pueblo y el Ejército, como un elemento fundamental para la conquista de la democracia, y eso cuando muchos consideraban en bloque al Ejército como una institución fascista, impermeable a las ideas de democracia y de libertad.

Es indudable que también supimos adelantarnos a captar el valor que las Comisiones Obreras podían presentar en la lucha por un movimiento obrero, de clase, capaz de defender las reivindicaciones de los trabajadores y de contribuir poderosamente a la transformación de España.

La política de pacto por la libertad, que a través de difíciles escollos va abriéndose camino y determinando el progreso



democrático en España, la formulamos primeramente nosotros. Del mismo modo, recogiendo las nuevas realidades sociales, el Partido ha elaborado la tesis de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura como estrategia para la marcha hacia la democracia y el socialismo.

Y no hemos sido sólo un laboratorio de elaboración de ideas; hemos sido a la vez esforzados y tenaces luchadores para que encarnasen en la práctica.

Estamos convencidos de que si hemos cumplido tal papel es porque nos hemos inspirado en un marxismo creador; porque hemos roto con dogmas y esquemas inmutables y paralizantes, y hemos estado abiertos a las innovaciones que nos ha sugerido la experiencia práctica, los cambios estructurales de la sociedad, los progresos de la ciencia y, ¿por qué no decirlo?, el análisis autocrítico de nuestros propios errores.

Nosotros no somos de los que decimos que no hemos cambiado. Todo ha cambiado: unos hombres y unas cosas han cambiado para mejor, otros para peor. Sólo no han cambiado los que no tienen pasado, o los que se aferran obstinadamente a él.

Cambia también con el tiempo el valor y la significación de ciertos conceptos; tal sucede, por ejemplo, con el **internacionalismo proletario**. No es que los comunistas seamos hoy menos internacionalistas que en los tiempos de Marx y Engels, o en los de Lenin. Es que durante muchos años el internacionalismo proletario se ha identificado a la Internacional Comunista, constituida en torno y bajo la dirección del Partido Comunista Bolchevique, ligada a la defensa del primer Estado socialista frente al imperialismo mundial. Hoy, el contenido del internacionalismo ya no es ése, porque el movimiento revolucionario mundial, partiendo de la victoria del Octubre ruso, ha dado un salto formidable. Hoy la lucha del proletariado se funde con la lucha por el socialismo ya no es función exclusiva del proletariado, con la lucha contra el fascismo y por la democracia. El contenido del internacionalismo ya no es exactamente el mismo, y no sólo por esas razones, sino también porque la lucha de los pueblos contra el imperialismo y por su liberación, aunque éste sea en ella la clase decisiva. Por eso hemos optado por el concepto de solidaridad Internacionalista, adoptado en el documento de la Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Berlín, a fines de Junio.

En esta reunión nuestro Partido ha sostenido de manera clara sus posiciones sobre las vías al socialismo y el modelo democrático que propugna; su concepción de la necesaria unidad de las fuerzas comunistas, socialistas, cristianas y democráticas para marchar hacia ese objetivo. Y lo ha hecho en forma crítica y autocrítica, sincera y francamente. También nos hemos expresado con claridad sobre el tipo de relaciones existentes entre los Partidos Comunistas y Obreros. Hemos reiterado que:

«... Hoy los comunistas no tenemos ningún centro dirigente, ninguna disciplina internacional que nos obligue; que lo que nos une son los lazos de afinidad sobre la base de las teorías del socialismo científico. Y que no aceptaríamos ningún retorno a las estructuras y concepciones del internacionalismo propias del periodo anterior».

La Conferencia de Berlín ha puesto de manifiesto las coincidencias profundas que sobre estos puntos existen entre Partidos Comunistas como el italiano, el francés, el británico,

el suco y el nuestro, y, más allá de nuestro continente, con otro gran Partido Comunista, el japonés, que ejerce gran influencia en su país.

A raíz de esta Conferencia, incluso muchos de los más severos y escépticos críticos de nuestro movimiento han reconocido los grandes cambios que se están produciendo en el Movimiento Comunista. Nadie niega ya que en la reunión de Berlín se ha afirmado rotundamente la tendencia que algunos han bautizado como «eurocomunismo» y que nosotros consideramos como un diseño general que hace coincidir en una serie de posiciones substanciales a los Partidos Comunistas de masas que actúan en los países capitalistas desarrollados, sean o no europeos.

Las características principales de esta tendencia pueden resumirse brevemente así:

1º. Opción por una vía democrática de marcha hacia el socialismo.

2º. Concepción del socialismo como el paso de la propiedad capitalista a la propiedad social, con un sistema político, democrático, pluralista, que prolongue y profundice las libertades individuales y colectivas logradas hasta aquí, y en que el voto ciudadano decida de la creación y deposición de los gobiernos a todos los niveles, desde el local hasta el del Estado, pasando en el caso de nuestro país por los de las nacionalidades y regiones. Un sistema que garantice el papel decisivo de los trabajadores en la gestión de la economía, desde la empresa hasta la planificación general.

3º. Independencia de cada Partido Comunista, de cada pueblo, de cada país, para escoger libremente su vía y su modelo de socialismo, con arreglo a su desarrollo, a sus particularidades nacionales. Ausencia de todo centro dirigente internacional, a la vez que activa práctica de la solidaridad internacionalista.

Evidentemente, no son éstas las únicas características que definen a esta tendencia en el movimiento comunista; pero son, por así decir, el núcleo básico a partir del cual se establece nuestra estimación de los problemas de la paz, de la lucha revolucionaria mundial, del carácter independiente de los movimientos de masas, desde los sindicatos hasta las asociaciones ciudadanas, de mujeres y de jóvenes; de la necesidad de la crítica y la autocrítica en el movimiento obrero y progresista, etc, etc.

Por qué no renunciamos al nombre de comunistas

¿Acaso nos hemos vuelto más demócratas de lo que éramos los comunistas? La pregunta puede parecer simplista y sin duda lo es. Pero las gentes sencillas hacen preguntas simples y nosotros no debemos negarnos a responderlas. Es verdad que el Partido Comunista de España ha luchado siempre por la democracia. Pero también es cierto que cuarenta años de dictadura fascista nos han conducido a hacer una valoración de las libertades democráticas mucho más alta todavía que en períodos anteriores. Y por otro lado, la experiencia negativa que para el socialismo ha tenido la violación de la democracia en algunos países, y, concretamente, el fenómeno estalinista, nos han enseñado que la ausencia de democracia es fatal para el florecimiento del socialismo. En ese sentido, la respuesta sencilla a esa pregunta simple es que, ciertamente, los comunistas nos hemos vuelto más demócratas, consideramos ahora como algo más fundamental la democracia.

Esta valoración se halla directamente relacionada también con las exigencias de la lucha contra el capital monopolista, que tiende a reducir y a pulverizar las libertades democráticas a fin de impedir que la clase obrera y el conjunto de las fuerzas del trabajo y de la cultura alcancen un papel hegemónico en la sociedad.

Algunos extranjeros — e incluso ciertos compatriotas —, al reconocer nuestras diferencias con las posiciones de Partidos Comunistas actualmente en el poder, nos preguntan por qué no cambiamos el nombre de nuestro Partido, sugieren incluso que eso facilitaría nuestra legalización. Y ¿por qué habríamos de hacerlo? Ese es el nombre que Marx y Engels dieron al movimiento obrero socialista considerándole el más científico, y para diferenciarlo de todas las tergiversaciones del socialismo; ése es el nombre que reivindicó Lenin frente a la claudicación de la II Internacional ante el imperialismo en la primera guerra mundial. Ese es el nombre de nuestro Partido desde su fundación. Con él hemos combatido cuarenta años en

la clandestinidad. Es un nombre que entre la clase obrera, los trabajadores del campo, los universitarios y profesionales, las masas populares, evoca páginas gloriosas de la lucha antifascista y liberadora. Puede ser que en algunos sectores inspire recelos a causa de la campaña fascista y reaccionaria de calumnias; pero en otros, en los que más nos interesan, suscita férvidas adhesiones. Muchos de los que hoy sienten recelos, cuando nos conozcan tal como somos, y no como nos pinta dicha propaganda, cambiarán de actitud. De otra parte, no podemos olvidar que precisamente éste es un momento en que en España demasiadas gentes se llaman socialistas o socialdemócratas, sin ir más allá del liberalismo burgués, cuando no tratan de cubrir simplemente, con un barniz de aspecto decoroso, su pasado fascista. Un cambio de nombre por nuestra parte no contribuiría nada a clarificar los términos en que se plantea la lucha política en España. Y en cuanto se refiere a la sugerencia de que eso facilitaría nuestra legalización, el argumento nos parece de lo más pueril. Los Partidos Comunistas son hoy legales en toda Europa. ¿Por qué no hemos de serlo en España? ¿Quién iba a llamarse a engaño porque cambiáramos de nombre? Con cualquier nombre seguiremos siendo los mismos. Es decir, un Partido Comunista, por tanto un auténtico partido socialista, que se inspira en el marxismo revolucionario. ¡No, no renunciaremos a un nombre glorioso que está ligado a la lucha por el tipo de sociedad futura más humana que hoy pueda concebirse!

Porque sí es cierto que hemos cambiado, no lo hemos hecho en dirección a la socialdemocracia tradicional como pretenden ciertos críticos que dicen estar a nuestra izquierda. Para nosotros la socialdemocracia es la concepción del movimiento obrero que no va más allá de la acción por reformas parciales, que mantiene en pie la sociedad capitalista, que transforma a los partidos obreros en «gerentes leales» de dicha sociedad. Remontándonos a otro período histórico, la socialdemocracia es la traición a la posición de clase frente a la guerra imperialista, es la colusión con el imperialismo en la lucha contra la revolución de Octubre. Nosotros somos radicalmente opuestos a la socialdemocracia como ideología. Ello no significa que no seamos partidarios de la colaboración con los socialdemócratas, en nuestro país y a escala europea, por la defensa de la paz, la seguridad, la cooperación y el progreso social.

No significa tampoco que dejemos de reconocer que en el seno de la socialdemocracia europea surgen hoy tendencias

socialistas más consecuentes; y esperamos que esta evolución, que en algunos partidos socialistas europeos está muy avanzada, paralelamente a la nuestra, dando una dimensión mayor al valor de la democracia y afirmando nuestra independencia, permita llegar en el porvenir a la superación de la escisión producida en el seno del movimiento obrero tras la primera guerra mundial y la primera revolución socialista. Sin vacilación alguna nosotros nos esforzaremos en impulsar ese proceso unitario. Pero no nos apartaremos nunca, a través de los meandros de la táctica, del objetivo radical de llevar a cabo la transformación socialista de la actual sociedad. Cada paso que damos va encaminado a ese fin.

Nuestro concepto del centralismo democrático

También se nos sugiere que abandonemos el principio del centralismo democrático en el funcionamiento interno del Partido. Es evidente que en torno a este concepto hay una gran confusión. Muchos lo identifican pura y simplemente con el estalinismo, con la anulación de la vida democrática en el interior del Partido, con la dictadura del grupo dirigente.

El centralismo democrático es otra cosa y su aplicación difiere profundamente, según las situaciones concretas. En condiciones de profunda clandestinidad, como la que nuestro Partido ha pasado durante largos años, el principio del centralismo democrático confiere un gran poder al equipo dirigente. La razón es obvia: sobre ese equipo descansa en gran medida la responsabilidad de que el Partido desaparezca bajo la crueldad de la represión y la provocación policíaca, o que resista,

prosiga la lucha y se fortalezca con vistas al futuro. En esas situaciones, la cooptación de los responsables la decide en última instancia el equipo dirigente, que tiene tal responsabilidad. Los márgenes de error son evidentes, pero menores que los peligros de desintegración que provocaría un «democratismo» formalista. En realidad, cuando el equipo dirigente procede con espíritu comunista, coopta a aquellos hombres que, de una u otra manera han sido promovidos previamente por las masas y por los miembros del Partido a través de la lucha social y política. Es decir, confirma la selección natural que la misma lucha hace. Creo que si se observa la composición de nuestro Comité Central, en el que hay verdaderos líderes de masa, con una personalidad indudable en el movimiento obrero, intelectual y popular; organizadores tenaces y firmes luchadores que en su mayoría han pasado las pruebas más difíciles a que pueda ser sometido un hombre; militantes de las generaciones jóvenes, medias y más veteranas; si se valora objetivamente la composición de nuestros órganos dirigentes habrá que reconocer que aun no habiendo sido elegidos formalmente en reuniones multitudinarias, quienes los componen hubieran podido serlo si en España hubiese existido libertad.

Es cierto también que en situaciones de profunda clandestinidad los márgenes de la democracia son más reducidos. En tales momentos el Partido no puede permitirse el lujo, por ejemplo, de que los conflictos y polémicas internas rebasen un cierto techo, sin que éstas, junto con la presión policial represiva, lleven a su disgregación y disolución. En los tiempos de la clandestinidad profunda hemos tenido que tomar medidas drásticas con militantes del Partido, que no estarían justificadas en una situación de legalidad.

Pero el centralismo democrático se aplica muy diferentemente en condiciones de legalidad. En éstas el centralismo democrático significa que en la discusión de Partido, interna y pública, se puedan sostener las opiniones más diversas sin por ello incurrir en falta; mas cuando el Congreso, o los órganos elegidos que le reemplazan entre reunión y reunión, toman por mayoría una resolución, hay que cumplirla disciplinadamente. Es decir, el Partido es un organismo vivo a la hora de la discusión, en el que se confrontan todos los puntos de vista democráticamente; pero es también un instrumento vivo a la hora de la acción y la vida, y en este caso se manifiesta en la unidad de acción, que es lo que da eficacia, mordiente, capacidad de decisión; lo que asegura una «praxis» eficaz.

Dentro de esta homogeneidad en la acción, en nuestro

Partido pueden convivir diversas opiniones sobre los modelos de socialismo existentes hoy, diversos enfoques teóricos a problemas nuevos e históricos, diversas corrientes culturales.

La corriente de origen cristiano

Existe ya en nuestras filas una corriente que viene del cristianismo y que participa cada vez más activamente a todos los niveles, sin ninguna reticencia o reserva de nuestra parte. Esa corriente hace suyo el Programa del Partido y asume los principios fundamentales del marxismo, situándose en una posición de clase, convencida de que esta posición es indispensable para terminar con las diferencias y luchas de clase, y crear entre todos los hombres y mujeres verdaderas relaciones de fraternidad.

No surge incompatibilidad ninguna entre sus creencias y sus deberes de miembros de la comunidad cristiana, tal como ellos los entienden, y su plena dedicación al Partido y su lucha. La práctica lo está demostrando. Ellos no vienen al Partido a hacer política confesional. Por su parte, el Partido no se ingiere en los problemas de la comunidad cristiana; no se ocupa de las posiciones de la Iglesia más que en lo que concierne a sus relaciones con la sociedad civil, y en tanto que componente de ésta, que somos. E incluso estas cuestiones el Partido las aborda con un criterio liberal. Sucede a veces que en ese tipo de cuestiones los cristianos que militan en nuestras filas, individualmente, tienen posiciones más en punta que las que el Partido, colectivamente, adopta. Nosotros creemos que ese es un fenómeno lógico que no puede crearnos ningún conflicto. El conflicto podría surgir si se diera el fenómeno inverso, si el Partido adoptase posiciones beligerantes y de

ingerencia en relación con la Iglesia como tal — no me refiero aquí a ciertas posiciones no religiosas, sino políticas de algunas de sus Jerarquías que nos sentimos en el deber y en el derecho de criticar, en tanto que ciudadanos y hombres políticos.

Hemos dicho que en un país de tradición cristiana, como el nuestro, esta corriente añade una nueva dimensión al Partido. La añade, sin duda, en el terreno de la acción de masas, de la superación de lo que el fenómeno religioso tenía en otros períodos de alienante, privando a la clase obrera y a las masas populares del apoyo de muchos de los suyos, que se transformaban en adversarios. Es el reencuentro, y debe serlo cada vez más, a través de siglos de separación, de todos los oprimidos, que comprueban que las creencias que animaron al primitivo cristianismo evangélico no son incompatibles, antes al contrario, con las verdaderas finalidades del movimiento marxista. Ese reencuentro, que refuerza la lucha por el socialismo, eleva además la capacidad de comprensión y de tolerancia mútua; nos ayuda a acercarnos a la realidad y a ceñirla, sin telarañas dogmáticas. A abrir ampliamente nuestra mano y a no crisparla cerrando el puño más que contra quienes son enemigos conscientes y determinados de la democracia.

El centralismo de los otros partidos

Yo no sé por qué alguna gente hace tanto ruido sobre nuestro centralismo democrático, a no ser, repito, que asimilen mecánicamente éste a las prácticas estalinistas. Porque ¿qué es lo que sucede en los demás partidos que actúan hoy en la vida política española? Si se examina seriamente la realidad se

verá que todos ellos se han formado por arriba, en torno a uno o varios hombres que han tomado sobre sí la tarea de organizarlos y que al hacerlo se han autodesignado a sí mismos líderes. Es ahora, cuando esos partidos se abren camino hacia las masas y lo hacen ofreciéndoles una estructura y un programa que esos líderes han elaborado. Nosotros no les reprochamos que hayan procedido así, porque sin libertad, difícilmente podían proceder de otro modo. Pero cuando critican nuestro centralismo democrático, podríamos decirles, con toda razón, que lo de ellos ha sido, por causas objetivas, centralismo sin ninguna democracia.

De otra parte, algunos partidos que nos reprochan nuestro centralismo democrático se parecen al personaje de Molière: hablan en prosa sin saberlo, hacen centralismo sin querer enterarse. Por ejemplo, la social democracia alemana ha reducido a los «jusos» a la más mínima expresión. Cuando en cualquier partido, de los que dicen aceptar las tendencias y fracciones, éstas llegan a poner en peligro la unidad y el papel político de ese partido, los dirigentes arbitran medidas de represión sin embarazarse demasiado, sobre todo si esas tendencias o fracciones son de izquierda. No quiero citar ejemplos porque mi intención no es agredir a nadie.

De hecho lo que diferencia nuestro centralismo del funcionamiento real de otros partidos obreros y democráticos es que, en las condiciones de ilegalidad y represión, nuestro sistema nos permite resistir y actuar, mientras que el de los otros suele desmoronarse o paralizarse en esas situaciones.

Nosotros reconocemos la existencia de diversas corrientes socialistas, y el aporte que puede significar para la victoria del socialismo su estructuración en grupos y partidos. Por eso nuestro Manifiesto-Programa propone la fórmula de la **nueva formación política**, en la que cada uno de aquéllos tenga su lugar, conservando su personalidad e independencia. Nuestro Partido quiere ser una de las componentes de esa **nueva formación**. Pero no pretende transformarse, él mismo, en esa formación. Se propone seguir siendo un Partido marxista, homogéneo en la acción, y por eso está decidido a conservar sus principios de organización, adaptando, naturalmente, su aplicación a las nuevas condiciones que se van abriendo en España.

Sobre el equipo dirigente del partido

Quiero decir unas palabras sobre el equipo dirigente del Partido. A lo largo de los años de dictadura este equipo se ha visto privado de muchos de sus mejores hombres, caídos bajo la represión o desaparecidos por muerte natural. Sólo quiero citar entre ellos para no hacer demasiado larga la lista, el nombre de José Díaz, que fue nuestro Secretario General hasta 1942, y de quien todos los que le conocimos guardamos un recuerdo imperecedero. Quedamos muy pocos de los que hemos estado durante todo este período, con unas u otras responsabilidades, al frente del Partido. El símbolo más destacado de esa continuidad es la camarada Dolores Ibárruri, que nos preside. No es necesario que yo encomie lo que ella ha significado y significa para nosotros como guardián de la unidad del Partido y propulsora de todos sus progresos.

El equipo dirigente se ha ido renovando permanentemente, poniéndose al día, con el concurso de los dirigentes nuevos que la misma lucha ha promocionado. Esta renovación se ha inspirado en el principio de introducir cada vez más la dirección en la realidad del país; de integrar a los camaradas que más se distinguían por su inteligencia y su firmeza y por su ligazón con las masas; de mejorar la actividad política, teórica y organizativa del Partido; de asumir los problemas nuevos con una visión creadora y no dogmática.

También nos ha inspirado la voluntad de establecer una relación armónica entre las diversas generaciones, equilibrando su representación en el equipo dirigente.

A lo largo de casi 40 años es evidente que la gestión del equipo dirigente, en su diversa composición, no ha estado exenta de errores, que nosotros mismos, en lo esencial, hemos autocriticado en diversos momentos y nos hemos esforzado en corregir. Los aspectos más positivos de la gestión realizada podríamos resumirlos así, en vísperas del advenimiento de la democracia en España.

1°. Haber mantenido en pie al Partido durante todo este período — del que lo menos que puede decirse es que no ha



sido fácil — dotándole de estructuras organizativas relativamente sólidas, bien situado para la competición democrática.

2°. Haber acrecentado su influencia y su ligazón con la clase obrera, los trabajadores en general y las fuerzas de la cultura.

3°. Haber elaborado una política de unidad democrática y de reconciliación nacional, que ha dado ya frutos políticos importantes y ha impedido los intentos de aislamiento.

4°. Haber conquistado la independencia del Partido, su derecho a elaborar su propia vía y su modelo de socialismo, y haber ocupado una posición de primera línea en la acción para renovar al movimiento obrero y comunista.

5°. Haber evitado los conflictos entre interior y emigración y las luchas generacionales que tantos problemas han creado a los demás Partidos, siendo esencialmente un Partido del interior y de la juventud.

Es evidente que estos logros no son sólo obra del equipo dirigente, sino del conjunto del Partido al que corresponde el mérito esencial.

¿Cuál es el futuro de este equipo dirigente? Probablemente seguir renovándose, poniéndose al día constantemente. En todo caso, quien decidirá será el Partido. Las presiones externas para que uno u otro dirigente sea desplazado no encontrarán eco alguno en nuestras filas. Nuestros dirigentes los designa el Partido.

El hecho de que en nuestro equipo al lado de las promociones jóvenes figuren algunos de los que se ha dado en llamar «dirigentes históricos» da un suplemento de experiencia política y de fortaleza a nuestra dirección, que otros partidos quisieran para sí.

Los marxistas no negamos el papel del individuo. Estamos muy contentos de que nuestro Partido, a todos los niveles, cuente con líderes representativos. Y cuantos más formemos, más fuertes seremos. Un colectivo revolucionario se compone de una teoría, una política, una organización, y de personalidades capaces de representarle y hacerle progresar. En el fondo, las presiones a que me refería reflejan intereses de clase ajenos a los trabajadores y quizá, quizá, una cierta envidia al numeroso conjunto de personalidades que el Partido ha destacado sin necesidad de acudir a las técnicas de «marketing político» que ahora ponen en juego, precipitadamente, otros grupos.

Algunos de los que propugnan la prolongación de nuestra ilegalidad están pensando en ganar tiempo para ponerse en mejores condiciones de competición, utilizando aquellas técnicas.

El papel del partido

Al proponernos la cifra de 300.000 miembros, aún sin haber alcanzado la legalidad, contribuimos también a dar una imagen más clara del contenido de nuestro Partido. Agrupando una selección tan numerosa de los hombres y mujeres del país, afirmamos nuestra vocación de ser un Partido legal, público, transparente, plenamente inmerso en la vida democrática. Falsean la realidad quienes nos atribuyen una preferencia por las catacumbas, el secreto y la conspiración. Cuando impera el fascismo y la reacción y no queda otro remedio, los comunistas estamos mejor preparados que otros partidos para la resistencia y, en vez de esperar pasivamente tiempos mejores, asumimos los riesgos de la batalla. Pero, repito, la vocación de nuestro Partido es actuar a la luz del día, en la legalidad democrática, aceptando el resultado del sufragio universal con todas sus consecuencias.

Esa progresión en militantes, que estamos proponiéndonos, no tiene sólo un carácter cuantitativo; tiene que ser también una elevación de calidad de todo nuestro trabajo político, teórico, de masa y organizativo. Se trata de una progresión que favorece y reclama la situación de cambio en que vivimos. Pese a que seguimos siendo ilegales — aún no sabemos por cuánto tiempo — tenemos que aprovechar las zonas de libertad abiertas por la presión y la lucha popular que se están extendiendo en la geografía política, para estructurar

complejamente nuestro trabajo de forma que nos aproximemos lo más posible a las características de un gran Partido legal, de un partido de masas que cumpla en las nuevas circunstancias su papel de guía de las fuerzas de transformación social.

De pasada, y en respuesta a las observaciones que se nos hacen por nuestra pretensión a desempeñar ese papel de guía, debo decir que no hay partido político obrero, burgués o pequeño-burgués que no aspire a un papel dirigente, cualquiera que sea la manera en que formule esta aspiración.

Desde el momento en que se constituye, un partido político aspira a gobernar, a guiar al país, en un sentido u otro. No veo por qué nosotros tendríamos que renunciar a lo que pretenden todos los partidos políticos. Ciertamente, nosotros apoyamos esa pretensión en razones propias, que se derivan del carácter marxista de nuestro Partido, de su capacidad para aplicar a la elaboración política un método científico. Reconocemos que esa propiedad no nos viene dada por el nombre y el Programa de nuestro Partido; que esa propiedad depende de que seamos capaces o no, en la práctica, de aplicar ese método científico. Otros partidos pueden razonar su voluntad de jugar ese papel en otras razones, que son suyas y no concuerdan con las nuestras.

En último término, quien zanja en favor de unos u otros son los trabajadores, es el pueblo y en éste se halla la decisión de reconocer en uno u otro momento quién debe jugar el papel de guía.

Hace ya muchos años, cuando las diferencias entre Partidos Comunistas no se habían manifestado con la claridad de hoy, nosotros rechazamos la idea de ser un partido **dominante y único**. Ese rechazo se ha ido fortaleciendo, enraizando y es un elemento fundamental de nuestra concepción. La hegemonía, la dominación del bloque de las fuerzas del trabajo y de la cultura, que desplazará a la de la oligarquía, no puede ser suplantada por la de un Partido. Y por otro lado, el papel de guía, de dirigente, del Partido debe manifestarse más en el terreno teórico, político, social y cultural que en el administrativo. La administración debe estar en todo momento en manos de los representantes elegidos por el pueblo, que éste debe poder desposeer de su mandato, cuando no son fleles a su voluntad.

Elevar la calidad del trabajo del partido

La elevación de calidad de nuestro trabajo político exige una actitud creadora de todos y cada uno de los órganos dirigentes, de las organizaciones y los militantes responsables del Partido allá donde se encuentren; una vida política cada vez más rica de contenido; una diversificación de las actividades que abarque todos los aspectos de la realidad social. Todo ello enfocado desde una línea general común que hoy se propone objetivos inmediatos a los que ya me he referido anteriormente.

Concretar como lo hemos hecho nuestras exigencias más inmediatas no significa cerrarnos la perspectiva con ellas. En su día el Partido llevará a las Cortes las proposiciones de ley para aprobar la indispensable reforma agraria que modifique el régimen de propiedad de la tierra en las zonas en que esto es necesario, en beneficio de los que la trabajan; que modernice los métodos de trabajo y de producción en la agricultura, que ponga fin al expolio de que hoy es objeto el campo.

En su día el Partido tendrá que tomar iniciativas para fortalecer el papel del sector público en la economía; para lograr la democratización del INI, el control del crédito y del conjunto del sistema financiero a fin de que puedan ser utilizados como reguladores efectivos de la economía; la intervención de los trabajadores en la gestión de las empresas no sólo públicas, sino también privadas; la planificación democrática; la extensión y la democratización de la enseñanza, en todos los niveles; la creación de un sistema de sanidad moderno, al servicio de la sociedad, así como de un sistema de seguros sociales, regido democráticamente; la reforma fiscal; las alternativas democráticas municipales; las reivindicaciones de cada sector de la población trabajadora, en el sentido más amplio, etc... Todas éstas son cuestiones que los órganos dirigentes de nuestro Partido deben desde ahora elaborar junto con otras fuerzas y sectores sociales interesados en soluciones análogas a las que propugnamos nosotros.

Junto a todo esto tenemos que conceder una gran importancia al frente de la cultura. La lucha por la hegemonía de los

trabajadores en la sociedad pasa también por una acción concreta por la libertad y la expansión de la cultura, por la elaboración de alternativas que favorezcan esta libertad y esta expansión en los diversos ámbitos de la vida social.

Por otro lado la elevación de la calidad de nuestro trabajo político significa que busquemos todas las formas y medios de dar a conocer nuestra política y nuestras soluciones a las más amplias masas, que ampliemos y modernicemos nuestra propaganda y que consigamos que el pueblo comparta dichas soluciones con nosotros y se movilice en su favor.

No se trata de elaborar por elaborar; no se trata de experiencias de laboratorio, entre iniciados. Se trata de elaborar junto con las masas, de que las masas participen directamente en esa elaboración y transformen en acción el fruto del pensamiento colectivo. Se trata de generalizar las enseñanzas de la práctica en la acción revolucionaria.

Hoy, una de las diferencias entre el nuestro y otros partidos consiste en que nosotros no hacemos simple agitación para un futuro cuyo advenimiento no dependa directamente de nosotros, de la incidencia de nuestra acción en el momento actual. No, en nuestra concepción el futuro se labra hoy, haciendo frente a las cuestiones concretas presentes, con soluciones concretas para hoy. Ese y no otro es el tipo de acción política que puede transformar la correlación real de fuerzas, e instalarnos en el futuro en condiciones de hacer triunfar nuestras soluciones de perspectiva. Por consiguiente, toda nuestra elaboración debe tender a acumular hoy mismo más fuerza, a ejercitarla desde ahora y a hacerla pesar ya sobre la actualidad. Y nuestra fuerza esencial son las masas trabajadoras.

Sobre la composición social de los órganos dirigentes del partido

Sobre esto hay organizaciones de nuestro Partido en donde las cosas no están bastante claras. Ello no debe sorprendernos puesto que el Partido va saliendo trabajosamente a la superficie y no ha logrado superar totalmente las secuelas del periodo de las catacumbas, cuando la compartimentación por sectores, orgánicamente, era una exigencia de la continuidad, como lo era también la concentración del esfuerzo en frentes limitados — el frente obrero, el frente universitario y, con más dificultades, el campesino — porque carecíamos de fuerza y condiciones políticas para abordar toda la amplia problemática social.

Algunos de los restos de aquel período subsisten de una u otra manera en las tendencias a que los militantes obreros se ocupen casi exclusivamente de los problemas sindicales, mientras que ciertos permanentes del Partido y los militantes de extracción universitaria se dedican a la dirección política.

Se crea así, en algunos casos, una arbitraria división de trabajo que localmente puede alterar el carácter de nuestro Partido, como Partido de la clase obrera, de los trabajadores, de las masas populares y que de hecho frena nuestro crecimiento impetuoso entre los trabajadores.

Esta división priva a la dirección política, en ciertas zonas, de la participación efectiva de los militantes obreros, esencial en un Partido de nuestras características; a la corta o a la larga, ello influye negativamente en nuestra capacidad para educar y movilizar políticamente a los trabajadores y contribuye al debilitamiento de la lucha política, que en alguna de esas zonas aparece casi como función exclusiva de los sectores universitarios.

En esos casos, militantes comunistas que son auténticos dirigentes obreros, que movilizan con frecuencia a los trabajadores, verdaderos tribunos que gozan de gran prestigio, quedan en la práctica marginados de los Comités del Partido. Si el viejo obrerismo estrecho que caracterizó en tiempos al movi-

miento político de los trabajadores es una etapa a superar — yo diría, por lo que nos concierne, casi superada— no es para caer en el extremo opuesto. ¿Cómo explicarse el fenómeno —



repito que reducido en lo esencial a ciertas organizaciones — de que militantes obreros, capaces de hablar en asambleas ante miles de trabajadores, de conquistar su aprobación, de dirigirles en la lucha, apenas se atreven a hablar en las reuniones del Comité del Partido?

Yo creo que la explicación reside en que, en las organizaciones donde eso sucede, se aborda la elaboración de la política del Partido con un estilo académico que excluye la participación activa de quienes no poseen una formación universitaria o no han adquirido en una larga militancia conocimientos amplios. Pero, si quienes son dirigentes obreros no encuentran

condiciones para participar en la elaboración de la política, ¿cómo van a participar las masas? La consecuencia es que esas organizaciones se alejan de las masas, no crecen como debieran y pudieran; muchas veces caen en la impotencia política y a la hora de buscar las causas se crean problemas imaginarios, por no tener un contacto satisfactorio con la realidad, con las fuerzas decisivas en la lucha, con la clase obrera.

Para superar estas secuelas, que traban en algunos lugares el desarrollo del Partido, como un gran Partido de masas, es necesario conseguir una composición social correspondiente al carácter de éste en los Comités; dar un estilo concreto, sencillo, popular a la discusión política. Los problemas políticos más arduos pueden tratarse de manera que sean asequibles a todos, y precisamente los camaradas que poseen mayor cultura están en la obligación de esforzarse por lograr un lenguaje y utilizar conceptos claros, limpios y comprensibles para los trabajadores que son la base inmovible en que se asienta nuestro Partido.

De aquí que en la elaboración de nuestra política, junto a las opciones globales, junto a las líneas de perspectiva, ocupen un lugar relevante los problemas inmediatos de la clase obrera, los trabajadores, las masas populares. En primer lugar los que suscita la crisis económica, la inflación, con sus secuelas de paro y carestía, y con ellos todos los que tienen relación con la vida diaria del pueblo en sus más amplios aspectos.

La acción política del Partido no se ejerce sólo en su interior y de una forma genérica hacia las masas; se ejerce también hacia los otros Partidos democráticos con los que en mayor o menor medida colaboramos. Entre éstos y nosotros debe haber una real circulación de ideas, un contraste de soluciones. En nuestro esfuerzo por cerner ampliamente la realidad tenemos que aceptar que ellos son una parte de esa realidad y que sus opiniones, aunque partan de otros fundamentos teóricos y sociales, contienen elementos constitutivos de esa realidad, que es preciso tener en cuenta, aunque sea con espíritu crítico. Una parte de nuestro papel de vanguardia se cumple cuando las soluciones que proponemos encuentran eco favorable en esos partidos, y cuando somos capaces de asimilar y hacer nuestras las actitudes positivas de ellos.

El Partido Comunista de España ocupa un espacio en la política del país, tan definido, tan diferenciado, que no necesita en esta época estar subrayando sin cesar sus diferencias con los otros partidos para afirmar su personalidad propia. Yo diría

que hoy, al revés, nuestro Partido cumple mejor su función precisamente cuando es capaz de elaborar ideas y soluciones capaces de sintetizar posiciones compartibles por las fuerzas democráticas y de contribuir así a la unidad de acción de éstas.

Yo quiero afirmar aquí la posición de respeto de nuestro Partido hacia grupos políticos de tendencia marxista que han aparecido más en función de las diferencias surgidas en el movimiento obrero y comunista internacional que de reales disensiones en la apreciación de la situación nacional y de la línea a seguir ante ella. Incluso si estas disensiones han existido en un momento dado, cuando nuestra política de pacto por la libertad era combatida por ellos desde la izquierda, a partir del momento en que se han sumado primero a la Junta Democrática o a la Plataforma de Convergencia, y luego a la conjunción de éstas — Coordinación Democrática — es decir, en definitiva al pacto, las diferencias que les separan del Partido Comunista en los hechos — que es lo que en política cuenta — son mínimas. Pensamos que habría que considerar seriamente las posibilidades de un acercamiento progresivo entre ellos y nosotros, a través de la acción y de la discusión fraternal; que eso sería provechoso para la clase obrera y para la causa de la democracia y el socialismo. En este espíritu deberíamos abordar la relación con ellos a todos los niveles.

Quiero referirme también a las relaciones del Partido con una serie de personalidades progresistas que se mantienen independientes — y en ciertos casos se integran en el grupo independiente que participa en Coordinación Democrática — personalidades provenientes de los movimientos cristianos o de otras corrientes filosóficas, que se pronuncian por la democracia, e incluso por el socialismo, pero que aún no ingresan en un Partido, por razones que no en todos los casos son las mismas. Nosotros respetamos su actitud y la valoramos en tanto en cuanto aun no comprometiéndose con un Partido se comprometen activamente por la causa de la democracia. Los consideramos no como «compañeros de viaje», término con el que los reaccionarios tratan de denigrarlos, sino como participantes en un mismo combate que es tanto nuestro como suyo. En tal calidad, debemos considerar su opinión y sostenerles en cuantas iniciativas sean útiles a la causa común. Han de saber que somos sus amigos y que siempre pueden contar con nosotros como nosotros contaremos con ellos, sin ninguna pretensión de instrumentalización ni por parte nuestra ni por la de ellos.



La importancia del Frente cultural

Un partido de masas no puede limitarse a luchar en lo que tradicionalmente hemos llamado los frentes teórico, político y sindical. En la sociedad capitalista moderna tiene una gran importancia el frente cultural, entendido en el sentido más amplio. Es decir, por un lado los problemas de la libre creación literaria y artística, la investigación científica, la organización y contenido de la educación — desde la escuela primaria a la universidad, sin olvidar los problemas de la formación continua, ya que la aceleración de los descubrimientos científicos y tecnológicos exige un constante reciclaje. Pero son también problemas ligados al frente cultural, aunque afecten a todos los otros frentes, los de la calidad de la vida, la vivienda, el urbanismo, los transportes colectivos, las actividades recreativas, el estudio y elaboración de un modelo de desarrollo económico y social, no inspirado en el beneficio capitalista, sino en la satisfacción de las necesidades humanas, y que contribuya a desenvolver un espíritu de responsabilidad por el presente y el futuro de la colectividad.

Este frente cultural aún no ha recibido en nuestro país la articulación necesaria, aunque existan ya muchos de los elementos que entran en su composición. Algunos de nuestros camaradas, junto con otros hombres y mujeres progresistas, comienzan a plantearse seriamente el problema. Surgen ya iniciativas a escala local que deberíamos impulsar como la idea, nacida en Madrid, de un centro de estudios que elabore plataformas, en esos vastos dominios, para desarrollar la lucha ciudadana por una alternativa de gobierno municipal democrático. En un centro así los comunistas deberíamos colaborar con todos los demócratas y progresistas que tienen objetivos análogos a los nuestros; las organizaciones ciudadanas, en sus diversas formas, deberían participar también activamente en esta iniciativa.

Proyectos de este género existen en otros puntos del país. Se trataría, en la perspectiva de ir articulando todas esas iniciativas locales, a través de un intercambio de experiencias,

de la elaboración de plataformas más generales que podrían alcanzar una marcada influencia en la vida político-social del país.

Paralelamente existe la idea de organizar unas Jornadas de la Cultura a nivel del Estado, que podrían elaborar programas de acción, relacionados con los sectores de la ciencia, la técnica, la literatura y el arte, y quizá sentar las bases de una institución permanente dedicada a esos fines, con la que el pensamiento marxista y progresista dispusiera de un instrumento eficaz de difusión y penetración. Una sección de esta institución podría dedicarse más concretamente al estudio y desarrollo del marxismo.

Estas y otras iniciativas convergentes deben ser propulsadas resueltamente por el Partido en esta nueva etapa, valorando el papel positivo que pueden desempeñar en la transformación de la sociedad.

La liberación de la mujer

Uno de los grandes frentes específicos de trabajo del Partido es el de la mujer. No es que dejen de ir enfocadas también a ella las actividades en el sector teórico, político, sindical y cultural. Es que existen problemas muy concretos que la atañen como consecuencia de la doble explotación de la mujer en la sociedad actual, primero como trabajadora — discriminada en todos los terrenos — y luego sometida a la supremacía masculina que la convierte generalmente en una esclava del hogar, atada por prejuicios seculares que la inferiorizan y la reducen al papel de parir, cocinar y limpiar; que la privan de toda libertad e independencia.

La Conferencia Nacional del Partido y después la Conferencia especial, dedicadas a los problemas de la liberación de la mujer, han elaborado documentos que deben ser estudiados en las organizaciones del Partido de manera seria y atenta.

En esta cuestión, los hombres de nuestro país, y los comunistas entre ellos, tenemos que hacer — yo diría — una verdadera revolución cultural para superar, en la comprensión y en la práctica, los prejuicios machistas en que hemos sido formados.

Las mujeres constituyen la mitad de la población o quizá más. Se trata de una fuerza que puede decidir en la lucha por la libertad y por el socialismo. Junto al esfuerzo para comprender su situación y para contribuir a su liberación, tenemos que abrirlas ampliamente las puertas de nuestro Partido y promoverlas con audacia a responsabilidades de dirección. Su presencia diaria a nuestro lado, en el trabajo y la lucha, nos ayudará a progresar más rápidamente en todos los aspectos.

Quiero añadir que si los hombres necesitamos una verdadera revolución cultural, esta necesidad es también cierta para la mayoría de las mujeres, que todavía aceptan resignadamente su situación y no han roto con los prejuicios en que también ellas han sido formadas. El camino para elevar su conciencia no sería tanto una simple propaganda general en favor de la liberación de la mujer, como la combinación de ésta con la acción por sus reivindicaciones más urgentes, de todo tipo, pues es en esa acción donde la mujer va a abrir los ojos a la realidad y va a adquirir conciencia clara de su situación, convirtiéndose en protagonista de su propia liberación y de la liberación de toda la sociedad.

Ayudar a la U.J.C.

Recientemente, la Unión de Juventudes Comunistas ha acordado emprender una campaña para cubrir la meta de 100.000 adherentes. El Partido debe dar la más plena ayuda a la realización de este objetivo. La U.J.C. es hoy una fuerza importante, que probablemente agrupa ya muchos más miembros que la mayor parte de los partidos políticos. La actividad de la U.J.C. se hace sentir seriamente, posee ya dirigentes y cuadros muy capaces. Pero debemos ayudarla más a popularizar su programa, sus objetivos; a organizar con formas muy flexibles, que la permitan penetrar entre las masas juveniles aún no politizadas, para defender sus intereses, ayudarlas a organizar sus ocios, elevar su cultura en todos los órdenes y ganarlas plenamente para la causa de la democracia y el socialismo.

Nuestro Partido tiene una gran experiencia del trabajo entre la Juventud, la experiencia de la J.S.U., que fue una gran organización de masas, unitaria, en la que se aliaban la combatividad revolucionaria y las formas de organización y de trabajo más típicamente juveniles.

La U.J.C. tiene que identificarse con las vivencias, las aficiones, los rasgos característicos de la juventud. No debería ser, de ningún modo, una copia del Partido. Sus armas propagandísticas tienen que ser, esencialmente, las que hoy atraen a decenas, a cientos de miles de jóvenes. La canción, el arte, el deporte, la cultura, la vida al aire libre deben ser los vehículos de aproximación a los jóvenes, junto con el planteamiento de sus reivindicaciones sociales.

Tenemos que ganar a las grandes masas de la juventud, y no sólo a una minoría más sensibilizada políticamente, para la causa del socialismo. La U.J.C. debe formar cuadros que comprendan y asuman esta gran tarea, cuadros que tienen que comenzar por ser ellos mismos, ante todo, jóvenes, no sólo por la edad, sino por temperamento y carácter; que sepan hacer una explicación política, preparar una manifestación, pero que

sepan al mismo tiempo organizar las actividades de todo orden que atraen a los jóvenes. La gran masa de éstos vendrá a la lucha política por esos caminos y no por otros.

Comisiones Obreras

Queremos saludar desde aquí los acuerdos de la última asamblea de CC.OO. del Estado español. La decisión de fortalecer sus estructuras orgánicas, de preparar las condiciones para actuar como un Sindicato de tipo nuevo, y esto con el fin de laborar junto con la gran masa de trabajadores y con las otras organizaciones sindicales, como UGT y USO, a fin de ir a un Congreso Sindical Constituyente del que salga un Sindicato unido voluntariamente, de clase, independiente y democrático, que se desenvuelva respetando la diversidad de tendencias actuantes en el movimiento obrero, tiene nuestro pleno apoyo. Asimismo nos parece totalmente justa la idea de ampliar CC.OO. extendiéndolas a las Comisiones de Profesionales y Técnicos.

Saludamos el nombramiento del nuevo Secretariado, compuesto de líderes obreros de reconocido prestigio y encabezado por el hombre que con sus años de prisión, sus sacrificios y su talento ha conquistado plenamente la confianza de los trabajadores españoles y el aprecio del movimiento sindical internacional, el camarada Marcelino Camacho.

Saludamos también, como un paso importante para el presente y para el futuro del movimiento obrero, la creación de la Coordinadora de Organizaciones Sindicales, entre CC.OO., U.G.T. y U.S.O.

Sobre las ruinas del verticalismo fascista se levanta ya la conquista de la libertad sindical, no consumada todavía en la

ley, pero hecha carne en la realidad. El mérito de CC.OO. y de su larga y difícil lucha en esto es ya un logro histórico que ninguna propaganda interesada podrá borrar.

El Partido Comunista continuará apoyando firmemente la acción de CC.OO., respetando y defendiendo su independencia, como hará el día de mañana cuando exista el Sindicato unido, con respeto a éste.

Por una organización independiente de agricultores y ganaderos

En el último tiempo ha comenzado a organizarse el movimiento independiente de los agricultores y ganaderos. Dos ejemplos interesantes son la Unión de Pagesos de Cataluña y la Asociación de agricultores y ganaderos de Aragón. También las Comisiones Campesinas de Galicia han alcanzado una influencia real. En el campo hay una gran ebullición, uno de cuyos síntomas últimos más significativos es, a mi juicio, la manifestación de Palencia. Las organizaciones del Partido, sus Comités, sobre todo en las provincias donde el campo tiene gran peso — y éstas son una buena parte del país todavía — tienen que coger resueltamente en sus manos la tarea de ayudar a organizarse y defenderse a agricultores y ganaderos. El Partido ha defendido siempre los intereses de los trabajadores del campo; pero hoy han surgido ya condiciones más favorables para que éstos superen la dispersión y se organicen. Agricultores y ganaderos deben tomar conciencia, con nuestra ayuda, de que sin su organización propia, dirigida por ellos, serán siempre objeto de manipulación por parte de jefes y políticos que, en definitiva, sirven los intereses de la oligarquía monopolista.

El carnet del partido. Por un reclutamiento de masas

La formación de un gran Partido de masas exige cambios profundos en los métodos de organización y funcionamiento, en un sentido de mayor amplitud y democracia, de mayor acercamiento entre las direcciones y la base.

Ahora, cuando comenzamos a discutir seriamente estos problemas, a estudiar las formas en que los miembros del Partido pueden establecer sus lazos con éste, nosotros pensamos que el primero de estos lazos en las circunstancias actuales debe ser el **carnet del Partido**.

Los camaradas del P.S.U.C. han hecho ya la experiencia con buenos resultados. El Comité Ejecutivo propone al Comité Central, a partir de este otoño, la edición del carnet del Partido y su entrega a los miembros de éste.

Ciertamente, mientras dure la ilegalidad, el carnet no llevará el nombre ni la foto, ni ninguna de las señas personales de su poseedor para que no pueda ser utilizado como testimonio de cargo en los tribunales.

El carnet tendrá solamente un número y una matriz anexa en que la región o provincia, la sección local de empresa o barriada y el militante estén designados también con cifras.

En las condiciones presentes, la numeración no puede establecerse aún por el principio de antigüedad en el Partido; eso lo haremos más tarde, cuando estemos en la legalidad.

Pero, ¡qué duda cabe que en el futuro, cuando la ilegalidad quede atrás, será un timbre de orgullo para los comunistas que militen o adhieran ahora, poseer el primer carnet hecho en la ilegalidad!

Ya el carnet, como he dicho, va a ser un vínculo concreto con el Partido. Pero ciertamente no puede ser ni la única, ni siquiera la principal forma de reclutamiento y de vinculación.

En este terreno tenemos que dar pasos muy serios para salir de las catacumbas. El método de reclutamiento individual y de la estructuración en células no es suficiente para dar el

salto que significa hacer un Partido de 300.000 miembros. Es preciso utilizar métodos más masivos de reclutamiento y formas de organización más flexibles, por lo menos transitoriamente.

Los camaradas de Madrid, entre otros, han celebrado en los últimos meses «conferencias», una forma que merece ser extendida a otros lugares. ¿ En qué consisten esas «Conferencias»? La organización del Partido en una empresa, en una barriada, o en una profesión, invita a 50, a 200, a veces a 300 ó más personas, ligadas en mayor o menor medida a los movimientos de masa, de un antifranquismo y una honestidad conocidas. Ante ellas, miembros destacados, dirigentes del Partido, exponen el contenido de nuestro programa, contestan a las dudas y preguntas que los asistentes presentan, dialogan directamente con ellos. El resultado es que en algunas de esas reuniones han dado su adhesión al Partido más de cien personas. Las organizaciones de base duplican y hasta triplican así rápidamente el número de sus miembros.

En otros sitios, como por ejemplo Euzkadí, siguiendo ciertas tradiciones populares, esto mismo se hace en el curso de comidas.

En la construcción de Madrid ha habido amplias asambleas en las que dirigentes caracterizados del movimiento obrero han presentado la política del Partido logrando adhesiones masivas.

Procedimientos similares han sido utilizados entre los profesionales y técnicos.

Es digno de imitar el ejemplo de 150 de los principales dirigentes del movimiento obrero en Cataluña, que han hecho pública su pertenencia al P.S.U.C. y han llamado a ingresar en éste a todos los trabajadores.

Sin embargo, estos métodos no se utilizan aún suficientemente; hay que extenderlos y multiplicarlos con decisión. Al mismo tiempo sería útil que los camaradas que tienen otras experiencias las expusieran aquí para generalizarlas. A fin de extender y multiplicar este tipo de reuniones, sería conveniente que los Comités del Partido organizaran equipos de propagandistas encargados de esta labor. Si la asistencia a esas reuniones se limita siempre a un círculo de camaradas dirigentes, que por serlo se encuentran ya abrumados de trabajo, ello traerá como consecuencia la limitación inevitable del número de ellas. Y la verdad es que actualmente hay en el Partido decenas y decenas de camaradas, preparados para explicar su política y su programa, que a veces no están suficientemente utilizados. Conviene también que en esta tarea participen militantes que

son muy populares entre las masas, no tanto por su connotación política, como, por ejemplo, por su prestigio artístico. Además de ser hombres o mujeres con gran prestigio popular, están profundamente compenetrados con el Partido, algunos de ellos desde hace años, y pueden tener un impacto muy grande, particularmente entre la juventud.

A este método de reclutamiento masivo podrán hacerse ciertas objeciones, como la de que a través de él tienen la posibilidad de entrar en el Partido elementos políticamente inseguros, tráfugas del régimen, carreristas y hasta agentes policíacos.

Yo quiero responder que de este peligro en las circunstancias en que estamos y hacia las que vamos no nos libraría enteramente ni el reclutamiento individual.

Es cierto que en este período y en estas formas van a venir a nuestro Partido decenas de miles de trabajadores que carecen de una formación comunista. Pero aunque carezcan de formación tienen una intuición y una conciencia de clase que constituye el mejor principio de toda formación comunista. Y han participado ya activamente en luchas sociales y políticas, la mejor escuela, no lo olvidemos, para un miembro del Partido. Dales una formación, o completarla, hay que hacerlo en el seno mismo del Partido, ayudándoles a ampliar su horizonte político.



De otra parte, no olvidemos que en la sociedad actual siempre habrá en nuestras filas un amplio sector que militará en ellas, no por sus conocimientos teóricos, sino porque la práctica social les identificará con nuestros objetivos.

¿ Que en algún momento algunos de esos miembros pueden traer al Partido influencias extrañas? Es posible. En un Partido de masas se reflejará siempre de una u otra forma la influencia de corrientes sociales distintas. Lo importante es que el Partido sepa utilizar lo que haya en ellas de reflejo de la realidad social, rechazando lo que pueda alejarle de sus objetivos, con una discusión que abra los ojos y haga comprender a los que están equivocados. Nuestro Partido es bastante sólido políticamente para no temer las consecuencias de tales confrontaciones.

Es más difícil, sin embargo, que con este método se infiltren tráfugas del régimen. En esas conferencias casi todo el mundo se conoce por una larga convivencia en la empresa, en el centro de estudio o de trabajo, o en la barriada. También nuestras organizaciones conocen a quienes son convocados. En esas reuniones se ejercita lo que pudiéramos llamar **vigilancia de masas**, que señalaría seguramente a aquel que, con una historia negra, pretendiera introducirse en nuestras filas.

Carreristas y ambiciosos podrán penetrar algunos. Pero a medida que actúen en nuestras filas se desmascararán y el Partido sabrá desembarazarse de ellos.

Lo mismo sucederá si se infiltra algún agente enemigo, y hasta quizá esto sea más difícil en esas reuniones de masa que a través del reclutamiento individual. En todo caso, la **vigilancia revolucionaria** debe ser una de las cualidades de nuestro trabajo en cualquier situación, máxime mientras estemos en la ilegalidad.

Al referirnos a la labor de reclutamiento, hoy, no podemos olvidar la accidentada historia de nuestro Partido, durante estos 40 años de represión franquista. Hemos logrado mantener la continuidad de nuestra organización, a través de numerosas caídas que interrumpían momentáneamente la vida orgánica en uno u otro lugar del país. Tras cada una de esas caídas, para neutralizar los flecos que hubiera podido dejar la policía, la reorganización del Partido se hacía prácticamente con nuevos militantes. En los últimos años esta situación cambió y nuestras organizaciones eran ya bastante sólidas para mantener las mismas estructuras de organización.

Pero hasta los años sesenta cada caída representó una

renovación completa de la organización afectada. Así ocurre que si en numerosos lugares del país se juntaran hoy todos los que han sido militantes del Partido, en unas u otras etapas, eso sólo ya nos daría un verdadero Partido de masas.

Pues bien: en este momento hay que hacer un serio esfuerzo para recuperar a los que han militado en el Partido en esos diversos períodos y que en su mayor parte, aunque no estén organizados, han seguido considerándose comunistas y participando en la lucha de una u otra forma. Algunos son quizá ya ancianos y no podrán hacer mucho; pero tienen derecho a recibir el carnet del Partido por el que en un momento crítico estuvieron dispuestos a sacrificar no sólo la libertad, sino hasta la vida.

Entre estos camaradas hay algunos que, en uno u otro tiempo, fueron verdaderos líderes; sufrieron la tortura y estuvieron más de una vez en prisión. Eran un ejemplo. Llegó un instante en que los problemas de familia, el cansancio, a veces incomprensiones del Partido hacia su situación, les llevaron a apartarse de la lucha. Se dedicaron a rehacer su vida y la de los suyos, sin hacer nada contra el Partido. Los que continuaron luchando, en la brecha, les reprocharon severamente lo que consideraban un abandono. Y en ese momento no podía ser de otro modo. Un partido que lucha en la clandestinidad profunda, si no es severo con los responsables que se apartan, si no mantiene una disciplina y moral espartanas, se desintegraría. Porque, ¿quién no tiene un día u otro problemas personales difíciles? ¿quién no siente la fatiga de una lucha terriblemente prolongada con perspectivas inciertas, capaz de apurar una vida de hombre? Aunque esta sensación no dure más que un minuto somos hombres y todos nos hemos interrogado alguna vez. Y por eso son más dignos de admiración y de respeto los hombres y mujeres que una vez tras otra han vencido la tentación del cansancio, las incomprensiones, se han erguido y han continuado la marcha, dando ejemplo de firmeza comunista.

Pero hoy, cuando vienen a nuestras filas tantos jóvenes llenos de entusiasmo, ¿cómo hemos de negar un puesto en el Partido a hombres que con una limpia historia, dieron el máximo de sí mismos a la lucha, aunque luego se retirasen sin haber hecho nada sucio que hoy pueda reprochárseles? Ahora podemos mostrar hacia ellos la comprensión humana que entonces era más difícil. ¡Que ocupen su puesto, que vuelvan a filas; éste es su Partido, aquí están los suyos! En definitiva, muchos de estos hombres tienen una ejecutoria de sacrificio

que para sí quisieran muchos de los que hoy, en otras filas, hacen gala de su revolucionarismo y su democratismo.

También deben estar abiertas nuestras puertas para quienes en un momento u otro discreparon de las posiciones del Partido y se alejaron o fueron desplazados por ello, si desean volver a militar porque se encuentran de acuerdo con la política y el programa del Partido.

Los diversos niveles de actividad en el partido de masas

Cierto que la labor de reclutamiento, en sí, no es suficiente. Que hace falta encontrar formas de organización que permitan a cada adherente participar en la vida y en la acción del Partido. Y que esas formas hoy tienen que ser muy variadas y flexibles, adaptadas al período de transición de la dictadura a la democracia, de la ilegalidad a la conquista de la legalidad, que estamos viviendo.

Y en primer término, conviene decir que la idea del Partido de masas entraña la existencia en nuestras filas de diversos niveles de actividad.

No se trata de hacer un Partido de activistas y militantes exclusivamente, aunque éstos sean su espina dorsal o quizá su sistema nervioso, es decir jueguen en nuestras filas un papel de primer orden, como su nombre indica. Un partido sin un fuerte núcleo de activistas y militantes sería un partido fofo, desmedulado, mientras que un Partido compuesto exclusivamente de activistas no podría ir nunca mucho más allá de un grupúsculo.

Se trata de hacer un Partido de activistas, militantes y adherentes. Adherentes son aquellos que cogen el carnet y



cotizan; asisten una vez al mes, por ejemplo, a las reuniones; participan en la acción del Partido en sus lugares de trabajo o barriadas, sin llegar a la dedicación plena de su tiempo. En muchos casos, un adherente del Partido puede ser a la vez un militante activo en las organizaciones de masa, obreras, profesionales o ciudadanas o en clubs artísticos y recreativos, más acordes con sus aficiones, y realizar, de esta forma, un trabajo político de masas sumamente importante.

Puede haber también, sobre todo en este período de ilegalidad, afiliados directos, que por la especificidad de su profesión no están encuadrados en ninguna organización de base y mantienen un contacto directo con el C.C. o con los Comités del Partido a otros niveles, con los que determinan su actividad.

Quiero advertir que no se trata, con esta diferenciación de niveles de actividad, de elaborar algo que haya de plasmarse en los Estatutos, formalmente. Eso no es necesario, e incluso sería contraproducente. Formalmente todos los afiliados tienen los mismos derechos y deberes. Se trata de una concepción general propia al Partido de masas, que debemos establecer claramente, con el fin de que algo que es una realidad no provoque conflictos en el seno del Partido.

Reconózanlo abiertamente o no, todos los Partidos Comunistas de masa conocen en la práctica esta diferenciación. Y algunos, que no son todavía Partidos de masa, no tienen por eso un nivel de militancia más elevado.

Pero además, otra razón para no plasmar esa diferenciación en los Estatutos, es que esos niveles de actividad no son estáticos; que quien es hoy adherente puede transformarse en un militante o en un activista en otro momento, y viceversa. Los adherentes de hoy son el vivero de donde saldrán los militantes y activistas de mañana. Y luego, en ciertas circunstancias, en las grandes campañas políticas nacionales, en las grandes luchas sociales y ciudadanas, que movilizan el interés del país, los adherentes se transforman en militantes activos y se entregan plenamente a las tareas del momento. En esas ocasiones todo el Partido, e incluso muchos de sus simpatizantes, se convierten en la práctica en militantes activos.

Al decir que formalmente unos y otros tienen los mismos derechos y deberes, trato de mostrar que en las asambleas todos tienen el mismo derecho a intervenir y a votar y que en la actividad del Partido hay un mínimo de deberes a los que todos están igualmente obligados.

Pero a la vez, los miembros del Partido que dan más a

éste, en trabajo y dedicación, gozan de una autoridad moral mayor, y ejercen una influencia más directa, a causa de su propia actividad, en el curso y la orientación de la labor de aquél. Es lógico que a la hora de elegir, los miembros del Partido den su voto a los más activos, a los que se destacan por su entrega, militancia y activismo y no a los más pasivos.

Esto no es una teoría, es una realidad, como también sucede que al miembro del Partido que en un momento ha sido muy activo, pero que por razones X ha dejado de serlo, sus camaradas no le promocionen a tareas responsables que exigen mucha dedicación.

La admisión clara de la existencia de diferencias en el nivel de actividad tiende por otra parte a allanar una de las dificultades que hoy impiden el ingreso al Partido de muchos hombres y mujeres que se sienten identificados con nosotros. Porque si los hay que aún no ingresan porque no han superado todas sus reservas hacia el Partido, o porque todavía temen a las consecuencias posibles de adherir a un Partido ilegal, otros muchos no lo hacen por una razón más simple: porque han conocido a militantes del Partido que aun inspirándoles respeto y admiración, aun habiendo sido muchas veces el ejemplo que les ha acercado a nosotros, temen verse obligados a seguir el género de vida y la actividad arrolladora que aquellos camaradas llevan. La actividad de un militante que tiene reuniones todos los días; que apenas dispone de un momento para su familia, para su vida personal, que está siempre atareado, absorbido, por muy exaltante que sea, muchos hombres y mujeres que piensan en comunistas no se sienten todavía con vocación para seguirla. Y piensan que la disciplina de nuestro Partido exige a todos los mismos sacrificios.

Es necesario que tales hombres y mujeres vean que se puede ser miembro del Partido, sin por eso estar constreñidos a unas tareas que exigen tantos sacrificios como un deber disciplinario. Que se puede ser comunista guardando todas las posibilidades de vivir una vida propia, normal, y que nadie va a forzarles al activismo si ellos no tienen vocación.

Mientras subsista la ilegalidad, a muchos de los nuevos adherentes será difícil agruparles en las organizaciones clásicas del Partido. Habrá que buscar múltiples maneras, más flexibles, cubiertas con fórmulas legales que les permitan acudir, reunirse, recibir orientaciones en un momento dado, recoger la prensa, cotizar, etc... Un día no lejano, cuando seamos legales, esas organizaciones de Partido aparecerán abiertamente como lo que son.

En algunos lugares los camaradas han comenzado también a abrir locales, que aún no siendo formalmente centros del Partido, funcionan como tales. Eso da la posibilidad de encontrarse, consultarse, discutir, mantener contactos, orientar.

Es necesario fomentar la apertura de tales locales, que en el momento oportuno, pondrán las siglas del Partido sobre sus fachadas pero que ya desde ahora serán centros de nuestro trabajo.

Hacia las agrupaciones comunistas

El CC no está autorizado para hacer modificaciones en los Estatutos, que formalmente sólo puede hacer un Congreso. Pero al mismo tiempo, teniendo en cuenta el carácter cambiante de la situación, debe ir contribuyendo a enfocar las tareas de organización del Partido de modo que vaya adaptándose a las nuevas exigencias.

¿Hacia qué tipo de organización de base debemos ir, cada vez más, para hacer un Partido de masas?

Nosotros creemos que hay principios esenciales que no varían. Uno de ellos es el que da prioridad al lugar de trabajo, empresa, centro cultural, centro administrativo, etc., como asiento de la organización de base, sin excluir las organizaciones de barriada para todos aquellos que por las particularidades de su trabajo, de su actividad social, tienen más posibilidades de actuar en la barriada.

Pero lo que quizá sí debemos modificar es el nombre y hasta cierto punto el funcionamiento de las organizaciones de base. Tradicionalmente, éstas llevaban el nombre de células. Nuestra preocupación es si este nombre corresponde a un Partido de masas, a organizaciones de base numerosas, abier-

tas. Pensamos que ese nombre evoca la clandestinidad extrema, las organizaciones minúsculas, casi invisibles, misteriosas. Tiene su gloria y su prestigio. Pero estamos en un momento en que nuestras organizaciones de base en ciertas empresas poseen ya 50, 100, 200 y más miembros. Y van crecer, bastante más. ¿Corresponde a organizaciones tan grandes y en expansión el nombre de células? ¿No sería mejor adoptar el nombre de Agrupaciones comunistas? Luego podrían subdividirse en grupos de taller o de sección, o de facultad, según los lugares de trabajo, integrados todos en una agrupación, que debería contar con un Comité fuerte, adaptado a la importancia de las tareas; mientras los grupos podrían tener simplemente su responsable y, en el caso de que fueran numerosos, un comité reducido.

No se trata solamente de una cuestión de nombre, sino de contenido porque cada agrupación se reuniría en Asamblea, quizá una vez por mes, y allí se discutirían y se resolverían las tareas políticas. Los grupos que la integran podrían reunirse también para tratar concretamente los problemas de su sector.

Pero las Asambleas de agrupación permitirían un intercambio político más rico que el de las células, hoy. A ellas podría llegar la línea del Partido de forma más directa; a través de camaradas de responsabilidad. Podría desarrollarse un diálogo más vivo entre dirigentes y militantes, que repercutiría en la calidad de la vida política. Este tipo de asambleas evitaría en buena parte el absentismo, que hoy es corriente en algunos países, a las reuniones de las organizaciones de base. En las asambleas se formarían más rápidamente decenas de propagandistas capaces de explicar claramente la política del Partido a las masas.

Los comunistas no debemos tener ningún fetichismo por determinadas formas de organización. Las formas de organización deben adaptarse a las condiciones concretas. Y es claro que no pueden ser las mismas en la clandestinidad cerrada, que en la semilegalidad o en la legalidad.

Es evidente que en el futuro nuestro Partido, siguiendo una tradición del movimiento obrero español, debería pensar en fomentar la creación de Casas del Pueblo por todo el país, donde los militantes y simpatizantes, y todo el que desea hacerlo, pueda reunirse no sólo con fines políticos, sino también culturales, recreativos, etc... Siempre que sea posible, esas casas del pueblo podrían tener un carácter unitario.

Otro aspecto sobre el que deseamos insistir es el de la necesidad de que cada organización, cada Comité del Partido

se habitúe a desplegar la mayor iniciativa política en el trabajo de masas; que estén muy atentos hacia lo que las masas piensan y sienten; que no escuchen sólo lo que viene de arriba, de los órganos superiores, sino también lo que viene de abajo. Que puedan así organizar su trabajo de forma que sean realmente la vanguardia, allá dónde actúan, porque recogen las aspiraciones profundas de las masas; porque «sienten crecer la hierba», por emplear una imagen ajustada al caso. De este modo contribuirán también a establecer una corriente más viva de intercambio entre las masas y los órganos dirigentes.

Hemos dedicado en este informe un largo espacio a los problemas del desarrollo y del fortalecimiento del Partido porque pensemos que en las circunstancias actuales ésta es una cuestión esencial. Todos los Partidos se sitúan en pista y se esfuerzan por afirmarse y encontrar apoyo popular. Nosotros estamos en pista desde hace muchos años. Pero antes, en los años difíciles, nos proponíamos ganar para nuestras filas a una minoría de temple heroico. Ser comunista era muy difícil. Ahora se trata de ganar a cientos de miles. A través de ellos, conquistar el apoyo, el día de mañana, de millones de electores, que durante largos años han sido bombardeados por la campaña anticomunista más desenfrenada. Tenemos que hacer todo para que desde el primer momento tengan una imagen de nuestro Partido, inequívoca y clara, como un Partido que lucha por la democracia, el socialismo y la paz, que desenvuelve democráticamente su vida interna, que ajusta sus hechos estrictamente a sus palabras; como un Partido de hombres honestos, incorruptibles, al que se puede hacer confianza para sanear la vida pública; como un Partido que elabora alternativas válidas a todos los problemas vitales de la población. Como un Partido que respetará en toda circunstancia, incluso si le es adverso, el fallo del sufragio universal. Un Partido sin cuyo concurso no es posible la democracia y la libertad para todos.

